

El castigo del penséque

Tirso de Molina

Personas que hablan en ella:

- Don RODRIGO Girón
- Diana, CONDESA
- CASIMIRO, conde
- CHINCHILLA, lacayo
- LIBERIO, viejo
- CLAVELA, dama
- LUCRECIA, criada
- ROBERTO
- PINABEL, caballero
- FLORO, caballero
- LEONELO, caballero
- ACOMPAÑAMIENTO

- SOLDADOS

ACTO PRIMERO

Salen don RODRIGO y CHINCHILLA

CHINCHILLA: ¡Gracias á Dios, señor mío,
que ha permitido que pises
tierra en flamencos países.

RODRIGO: Mala bestia es un navío.

CHINCHILLA: Más que mula de alquiler,
si furiosa se desboca;
pero, en fin, anda con toca
lo que tiene de mujer
la deshonra.

RODRIGO: Por la vela,
la llamas mujer tocada.

CHINCHILLA: Y porque cuando le agrada,

le sirve el viento de espuela.

Da al diablo tal caminar;
que si una vez tira coces,
no servirá el darle voces,
ni te podrás apear
mientras le dura el enojo
sino que a la primer suerte,
con ser tan seca la muerte,
has de morir en remojo.

No hayas miedo, aunque lo mandes,
que me mezca la Fortuna
segunda vez en su cuna.

RODRIGO: Ya estamos cerca de Flandes.
Términos parte con él
y con la antigua Alemaña
esta apacible montaña.

CHINCHILLA: Flandes todo es un verjel.

RODRIGO: Cómo lo sabes?

CHINCHILLA: Así

se nos vende en nuestra tierra
en lienzos. Allí una sierra;
un ameno valle aquí,

y en él dos gamos corriendo,
que también corren en Flandes
gamos pequeños y grandes,
vanle tres galgos siguiendo,
y al trasponer de una cuesta,
le atajan dos caballeros
mostrando en él sus aceros.
Luego, con música y fiesta,
dos damas de cardenillo,
oyendo el amor sutil
de un galán de peregil
con un colete amarillo,
que asentado en una puente,
a falta de silla o poyo,
por donde corre un arroyo
del orinal de una fuente,
en servir las se desvela.
Luego en un jardín están
tres damas con un galán,
que tocando una vihuela
las entretiene despacio,
porque el sol no las ofenda,

mientras sacan la merienda
de un almagrado palacio
con su puente levadiza,
seis torres y cien ventanas.

Acullá lanzan pавanas,
que un flamenco soleniza...

Por cualquier parte que andes,
todo es fuentes y frescura.

Esto es Flandes en pintura,
y por esto, no hay más Flandes.

RODRIGO: No sabes tú lo que va
de lo vivo a lo pintado.

CHINCHILLA: A Flandes hemos llegado;
no nos llores duelos ya.

RODRIGO: Si en él no nos va más bien
que en Madrid, ¡buena venida
hemos hecho, por mi vida!

CHINCHILLA: Calla, y esperanza ten,
que si eres hijo menor,
y como tal, maltratado
de un mayorazgo felpado,
rico por ser el mayor,

le heriste, con la licencia
que da un hablar descortés,
de hermanos segundos es
Flandes valerosa herencia.
¿No traes cartas de favor
para el archiduque?

RODRIGO: Sí;
mas basta ser para mí...

CHINCHILLA: ¿Pues de qué tienes temor?

RODRIGO: No está el archiduque en
Flandes.

CHINCHILLA. ¡Muy buen despacho, por
Dios,
para no tener los dos
un cuatrín!

RODRIGO: Desdichas grandes
me persiguen estos días.

No hay remedio. ¿Qué he de hacer?

CHINCHILLA: Si pudiéramos comer
desdichas tuyas y mías,
no echáramos el dinero
menos; porque con mandar

a la huéspeda guisar
cuatro desdichas, primero
que aquellas se digirieran,
si hay para ellas digestión,
porque hubiera provisión,
otras tantas acudieran,
y comiéramos los dos
desde hoy más nuestras desdichas.

RODRIGO: ¿Tantas tengo?

CHINCHILLA: A ser salchichas,
a vernos viniera Dios.

RODRIGO: No he de ser en todas partes
desdichado.

CHINCHILLA: Ni hay lugar
donde no sepa llegar
con sus agüeros un martes.

Si caminaran a pie
las desgracias, imagino
que por huír las de un camino,
no nos siguieran.

RODRIGO: No sé,
aunque a Monblán he llegado,

dónde me pueda hospedar.

CHINCHILLA: Si no tienes que gastar,
vamos al mesón del Prado.

RODRIGO: ¿Es tiempo de burlas éste?

CHINCHILLA: ¿Pues de qué quieres que sea?

RODRIGO: Cuando algún noble me vea
podrá ser que dé o que preste.

CHINCHILLA: ¿Preste aquí? ¡Vocablo extraño!

Los negros lo entenderán
que sirven al Preste-Juan.
Un preste hace tanto daño
como tiña o pestilencia.
De peste a preste verás
que hay una letra no más.
En tan poca diferencia,
nadie se querrá apestar
por prestar.

*Sale ROBERTO, hablando para sí en el fondo
del
teatro*

ROBERTO: Tarde he venido.
El tiempo me ha detenido.
Él me puede disculpar.
Pero--¡cielos!--¿no es Otón
éste que a los ojos tengo?
A famoso tiempo vengo.
Llego a hablarle, que es razón.
Pero no; a su padre quiero
pedirle de su venida
las albricias.

Vase ROBERTO

CHINCHILLA: Por mi vida,
que para estar sin dinero,
es nuestra flema muy buena.
Busquemos una hostería,
pues si en ella el patron fía
sobre prendas cama y cena,

hombre eres de muchas prendas,
pues que tu nombre y blasón
es don Rodrigo Girón.

Sobre ellas, pues no hay qué vendas,
cenarás.

RODRIGO: Ya que he venido
a Flandes desde mi tierra,
serviré al rey en la guerra;
que el noble que es bien nacido,
sólo por sus hechos medra,
y con fama celebrada
saca fruto de la espada
como Moisés de la piedra.

*Salen LIBERIO, CLAVELA, LUCRECIA, y
ROBERTO.*

Hablando LIBERIO con ROBERTO al salir

LIBERIO: ¿Otón?

ROBERTO: Otón digo que es.

LIBERIO: Si él fuera, ya hubiera entrado.

¡Mas él es! ¡Ay hijo amado!

Llegándose a don RODRIGO

Dame los brazos. Ea pues,
deja a la naturaleza
hacer su oficio de amor.

RODRIGO: ¡Habláis conmigo, señor?

LIBERIO: ¡Pues con quién? ¡Buena simpleza!
¿Qué dudas? Dame los brazos.

RODRIGO: Darélos por cortesía.

Abrázale

LIBERIO: ¡Hijo mío! ¡Prenda mía!

Vuelve y dame más abrazos.

Clavela, abraza a tu hermano.

CHINCHILLA: (Hecho me quedo un baulón.)

Aparte

CLAVELA: Llegad y abrazadme, Otón.

RODRIGO: Ya soy quien en eso gano.
Pero...

Habla CHINCHILLA aparte a su amo

CHINCHILLA: Llega, majadero,
y deja peros ahora.

RODRIGO: Alto, abrazadme, señora.

Abrázala

CHINCHILLA: (Ése sí que es lindo pero.)
Aparte

A LUCRECIA

LIBERIO: Prevéngase su aposento
y cena.

Vase LUCRECIA

CHINCHILLA: Si hay qué comer,
vamos. (Dios nos vino a ver.) Aparte

LIBERIO: Loco me tiene el contento.

RODRIGO: ¿Qué es esto, señora mía?
Señor, ¿qué es lo que decís?

Aparte a su amo

CHINCHILLA: Calla.

CLAVELA: ¿Que aún os encubrés?

RODRIGO: (¿Hay mas extraña porfía?)

Aparte

Yo llevo en esta ocasion
desde Castilla...

LIBERIO: No quiero
saberla. Entremos primero;
que en buena conversación,
después de alzada la mesa

nos diréis ese suceso.

RODRIGO: Señores...

Aparte a su amo

CHINCHILLA: ¿Estás sin seso?

¿De esta ventura te pesa?

Hallas aquí padre y madre,

qué comer y qué cenar,

cuando acabas de llegar

sin blanca; llámase padre

tuyo un viejo, que en cajones

para que vivas triunfando,

le deben de estar maullando

gatos llenos de doblones,

y escúsaste, mentecato?

Di que eres Otón, Enrico,

Baldovinos, mono, mico,

Herodes y Mauregato.

LIBERIO: Si el temor de la desgracia

que de aquí te hizo huír,

hijo, te obliga a fingir,
no temas.

RODRIGO: (¿No es linda gracia
Aparte
aquésta?)

LIBERIO: Porque Roberto
está delante de ti,
¿te disimulas así?

CHINCHILLA: Sí, por eso se ha encubierto.

LIBERIO: Ya no tienes que temer.
Cortó el cielo en años breves
la vida al duque de Cleves.
Viuda queda su mujer,
moza, rica, y por su dote
condesa de Oberisel.

*CHINCHILLA habla aparte a un lado con don
RODRIGO*

CHINCHILLA: Señor, acota con él,
o no cenarás gigote.

RODRIGO: ¿Pues qué he de hacer?

CHINCHILLA: Consentir,

comer, conversar, contar,

y a veces disimular,

porque te importa vivir.

Llegó una noche a una venta

un licenciado sin cuarto,

ni blanca. Estaba de parto

la ventera, y no había cuenta

de darle por ningún precio

un bocado de cenar,

ni cama en que se acostar,

porque era el parto muy recio,

y traía alborotada

la venta. Llegóse y dijo

el estudiante, "De un hijo

la ventera está preñada.

Si quieren que luego pára,

traíganme tinta y papel,

y un ensalmo pondré en él

de virtud notable y rara."

Escribió solos dos versos.

Cosiólo en un tafetán.
Sacáronle vino y pan
y otros manjares diversos.
Diéronle paja y cebada
a la bestia. Parió luego
la ventera, mas no a ruego
de la oración celebrada.
Partióse, sin guardar cosa,
el estudiante, estimado
de todos y regalado.
La huéspedada, codiciosa
de ver lo que contenía
la tal nómina o papel
tan dichoso que con él,
cualquier preñada paría,
abriólo, y vio en él escrito
"Cene mi mula, y cene yo,
siquiera pára, siquiera no."
Y riyeron infinito.
Si padre y madre has hallado,
cene mi amo y cene yo,
siquiera sea, siquiera no,

tu padre, agüelo o cuñado.

LIBERIO: Ea, hijo, ¿que dudáis?

CLAVELA: Hermano, ¿qué os detenéis?

RODRIGO: Con la salva que me hacéis,
pues todos me aseguráis,
no es bien que mi fingimiento
dure más. Vuestro hijo soy.

Sale LUCRECIA

LIBERIO: Otras mil veces te doy
los brazos.

A LUCRECIA

¿El aposento
está prevenido?

LUCRECIA: Está,
y la cena que se enfría.

RODRIGO: Vamos pues, hermana mía.

CHINCHILLA: (Hermana carnal será.)

Aparte

LIBERIO: Lucrecia, ten tú cuidado con éste... ¿Cómo os llamáis?

CHINCHILLA: Chinchilla, porque os serváis de mí.

RODRIGO: Es muy leal criado.

LIBERIO: No llevaste, di, ninguno de esta ciudad?

RODRIGO: Señor, no.

CHINCHILLA: En Madrid me recibió un viernes, día de ayuno, que ha que dura un año entero.

¡Mire qué extraño rigor!

Mas no hay ayuno peor que el ayuno del dinero.

LIBERIO: Entrad, hijo, y descansad.

Aparte a su amo

CHINCHILLA: ¡Ah, don Rodrigo! Chitón.

LIBERIO: Hija, a vuestro hermano Otón le dad la mano, y entrad.

Vanse don RODRIGO, CLAVELA, LIBERIO y ROBERTO; y al entrarse LUCRECIA la detiene CHINCHILLA

CHINCHILLA: Ce, si sabe el a, b, c,
que 2sta es la tercera letra;
aunque la mujer penetra
otra mejor, que es la d.
Dígame, doña rolliza,
su nombre.

LUCRECIA: Lucrecia.

CHINCHILLA: Basta.

¿Es Lucrecis por ser casta?

LUCRECIA: No, sino por ser castiza.

CHINCHILLA: Dígame, ¿por qué ocasión nuestro dueño se ausentó,
y cuándo huyendo salió
de aquesta insigne región?

Que yo no supe hasta aquí
que era de Flandes, ni el nombre
de Otón. Por un gentilhombre
de Nápoles le serví,
y se llamaba Lisardo.

Sáqueme de aquesta duda,
recetaréle una muda
para ese rostro gallardo.

LUCRECIA: ¿Impórtale mucho?

CHINCHILLA: Quiero
saber de esto la maraña;
que como vengo de España,
por saber cosas me muero.

LUCRECIA: Pues sepa, y estéme atento,
que Liberio, mi señor,
es un hombre de valor,
de hacienda y merecimiento.

Tiene una hija doncella,
que es Clavela. Ya la vio.

CHINCHILLA: No es mocosa.

LUCRECIA: No acertó.

Tiene una falta.

CHINCHILLA: ¿Es doncella?

LUCRECIA: Sí.

CHINCHILLA: Pues que tú lo autorizas, falta es, y más si hay engaño, porque hay mujeres hogaño como puentes levadizas.

LUCRECIA: Tiene un hijo, que es Otón, pues que ya sabes su nombre.

CHINCHILLA: Y no tiene falta el hombre en talle ni discreción.

LUCRECIA: Este tal habrá tres años que en una casa de juego mató un hombre, y huyó luego.

CHINCHILLA: ¡Peligros del mundo extraños! Pero ¿por qué le mató?

Aunque en el juego se ofrecen mil cosas que lo merecen.

LUCRECIA: No fue por el juego.

CHINCHILLA: ¿No?

Prosigue pues con tu cuento.

LUCRECIA: Entró en los trucos un día al tiempo que se decía

un ligero pensamiento
de su hermana y un privado
de Carlos, duque de Cleves
parando palabras leves
en obras...

CHINCHILLA: Está obligado
a no hablar el que pretende
tomar venganza, y la toma.
La honra es ley de Mahoma,
que con armas se defiende.

LUCRECIA: Hirió al privado de muerte,
y temiendo la venganza
del duque y de su privanza,
escogió por mejor suerte
el ausentarse de aquí.

CHINCHILLA: Hizo bien.

LUCRECIA: Murió el de Cleves,
mudándose en tiempos breves
las cosas...

CHINCHILLA: Siempre es así.

LUCRECIA: Quedó viuda la condesa,
y por no estar bien casada,

el secundarlo la enfada
y solo el luto profesa,
aunque príncipes y grandes
no dejan de pretendella,
viéndola muchacha y bella,
y que en lo mejor de Flandes
es dote suyo el condado
de Oberisel, sin que quede
hijo alguno que lo herede.

CHINCHILLA: Sin hueso es ese bocado.

LUCRECIA: Después que el duque murió,
no hay quien la venganza pida
a Otón.

CHINCHILLA: ¡Dichoso homicida!

LUCRECIA: Que aunque en Monblán quedó
un hermano suyo, y tal,
que de él la condesa fía
su hacienda y casa, y podría,
por ser hombre principal
serle de harto daño a Otón,
Amor que a imposibles vuela,
le enamoró de Clavela;

y es de modo su afición,
y lo que a Otón ha deseado,
que ha de dar envidias grandes,
cuando sepa que está en Flandes.

CHINCHILLA: A buen tiempo hemos llegado.

Y ¿llámase el tal amante
de Clavela...?

LUCRECIA: Pinabel.

CHINCHILLA: ¿Buen talle?

LUCRECIA: No hay falta en él.

CHINCHILLA: Antes que pase adelante,
¿qué hay de mi amor?

LUCRECIA: ¿Qué sé yo?

CHINCHILLA: ¡Ay fregatriz! Ese gesto
me ha enamorado.

LUCRECIA: ¿Tan presto?

CHINCHILLA: Mucho ha que me enamoró
el romance de Lucrecia;
y si viviera Tarquino...

LUCRECIA ¿Qué?

CHINCHILLA: Viviera; mas convino

que muriese. Acaba, necia;
que tú y yo habemos de ser
en excomunicación,
como el papel y el borrón,
que no se deja raer.

¿Hay ya voluntad?

LUCRECIA: Tantica.

CHINCHILLA: ¡Qué buenos carrillos! Hin-
che.

LUCRECIA: ¡Ay qué Chinchilla y qué chin-
che!

CHINCHILLA: Chinche que pica.

LUCRECIA: Y me pica.

Vase LUCRECIA. Sale RODRIGO

RODRIGO: Si la historia de Amadís
verdad pudiera haber sido,
si me hubiera convertido,
Chinchilla, en don Belianís,
pudiera ser que entendiera

que andando yo enamorado,
llegué a un castillo encantado,
mudándome una hechicera
talle y cara; mas no es vana
esta historia, si lo fue
esotra, pues que ya hallé
aquí padre y una hermana.

CHINCHILLA: Un conde Partnuplés
eres.

RODRIGO: Entra y lo verás.

CHINCHILLA: Alegre y ufano estás.

RODRIGO: No quisiera que después
pagáramos por entero.

CHINCHILLA: ¿Cómo?

RODRIGO: Si me han recebido
aquí por Otón fingido
y viniese el verdadero,
¿qué he de hacer?

CHINCHILLA: Ya se habrá muer-
to.

RODRIGO: Además de que no sé

la causa por que se fue.

CHINCHILLA: ¡Donoso temor por cierto!

De todo estoy informado;

Lucrecia lo desbuchó.

Ya sé por qué y cuándo huyó

tu original o traslado.

Vámonos a pasear;

que si has cenado, bien puedes,

no nos oigan las paredes,

que aun ellas saben soplar.

RODRIGO: ¡Ay qué Clavela, oh Chinchilla!

Qué amor, qué conversación!

Qué cara, qué discreción!

CHINCHILLA: ¿Hale dado ya papilla?

¿Hay babera?

RODRIGO: No me pesa

del parentesco que he hallado

aquí.

CHINCHILLA: Habránte preguntado

muchas cosas sobre mesa.

RODRIGO: Muchas.

CHINCHILLA: Y tú respondido
Ad Galatas?

RODRIGO: Por no dar
con todo en tierra, y quedar
descubierto y conocido,
les dije que me dolía
la cabeza, y que después
respondería.

CHINCHILLA: Ésa es
discreta bellaquería;
mas ¿cómo te has escapado
de los dos?

RODRIGO: Envió por ella,
por lo que gusta de vella,
la condesa de este estado.

CHINCHILLA: Es una viuda gentil,
según me han dicho, señor.

¡Ojalá te hiciera amor...!

RODRIGO: ¿Qué?

CHINCHILLA: Aforro de su monjil.
Ven, y daréte razón
de lo que quieres saber.

RODRIGO: En fin, ¿que Otón he de ser?

CHINCHILLA: O ayunar, o ser Otón.

Vanse los dos. Sale la CONDESA, con unas cartas,

CASIMIRO, PINABEL, y FLORO. La CONDESA habla a

CASIMIRO

CONDESA: ¡Que mi hermano, el duque Arnesto

con el conde Casimiro

quiera casarme, y para esto

me escriba con vos! Me admiro.

Para casarme es muy presto.

Un año ha que visto luto

por mi esposo y vierto llanto

que no tiene el tiempo enjuto;

y no es bien, cuando él es tanto,

hacer agravio a su luto.

Viuda soy, moza y mujer,
con un condado a mi cargo,
que, aunque sola, podrá ser
que con el discurso largo
del tiempo, venga a tener
para regirle prudencia;
y cuando ésta me faltare,
no está lejos su presencia,
con que los daños repare
de mi poca suficiencia.

Cuanto y más que mis vasallos
no se quejan hasta ahora
de que no sé gobernallos;
que al fin, como su señora
legítima, sé estimallos.

Pues yo no tengo heredero,
no le estará a Arnesto mal
serlo mío. Al fin, no quiero
dar en el mundo señal
de que fue el amor ligero;
que tuve al duque de Cleves,
mi señor, mientras vivió.

Esto quiero que le lleves
por respuesta.

CASIMIRO: ¿Con un "no"
a dar la muerte te atreves
a un enfermo, que contando
los términos de su vida,
el "sí" dulce está aguardando,
la esperanza entretenida
entre las dudas de un "cuando"?
Por los dos puedes traer
el luto que has escogido,
y vendrá, señora, a ser
por un esposo fingido,
y otro que lo quiso ser.
Mal pagas la voluntad
de Casimiro, a quien llevo
el fin de su verde edad.

CONDESA: Si no pago como debo
al conde la voluntad,
por no quedar obligada
a pagarla, no la admito.
Yo he quedado escarmentada,

y con deseo infinito
de no vivir mal casada;
y así el conde que encareces,
busque a su contento esposa,
haciendo sus ojos jueces;
porque el casarse no es cosa
que se ha de probar dos veces.
Aquesto escribo a mi hermano,
y aquesto propio le di.

CASIMIRO: Mira, señora, que es llano
que si le niegas el sí
de tu idolatrada mano,
ha de arriesgar, aunque ofenda
el Amor que es su homicida,
su estado, porque se entienda
que quien arriesga la vida
por ti, arriesgará la hacienda.
Mira que te ha de cercar
en Monblán.

CONDESA: No me amenaces;
que quien no puede obligar
a la voluntad con paces,

con guerra no ha de bastar.

CASIMIRO: Por rogártelo tu hermano...

CONDESA: Que no hay ruegos para mí.

Pártete; acaba.

Desviándose y hablando aparte con

FLORO

CASIMIRO: ¡Qué en vano,

colgada el alma de un sí,

di entrada al Amor tirano!

¡Ay cielo!

FLORO: ¿Qué hemos de hacer?

CASIMIRO: ¿Qué? ¡Morir, desesperar.

rabiar, sentir, padecer!

FLORO: Mucho puede el porfiar;

pero date a conocer;

que si a ver si su belleza

igualaba con su fama

veniste, si Amor empieza

a dar materia a tu llama

y principio a su flaqueza,
el saber que tú has venido,
quizá le dará cuidado;
que si ausencia causa olvido
en el amante obligado,
¿qué hará en el no conocido?

CASIMIRO: No, Floro; que Amor desnudo
con las armas suele hacer
lo que sin ellas no pudo.
A Monblán he de volver
cuando en el silencio mudo
esté el descuido acostado.
Mil tudescos, como sabes,
en escuadrón concertado
traigo, que serán las llaves
de su alcázar torneado.
Seré esta noche con ellos
de aquesta Troya Sinón,
y de sus despojos bellos
otro Paris.

FLORO: La Ocasión
te dé, señor, sus cabellos.

Vanse CASIMIRO y FLORO

CONDESA: Nadie espere, Pinabel,
tener de mi esposo nombre,
pues murió el duque con él;
que en la libertad de un hombre
libre, soberbio crüel,
no estriba bien la flaqueza
de una mujer, a quien ves
con mocedad y riqueza
porque es locura el ser pies
la que puede ser cabeza.
Cansada de estar casada
estoy. ¡Gracias a los cielos,
que no lloro despreciada,
ya desdenes, ya desvelos
de una afición mal pagada!
Si en el conyugal amor
hubiera penas iguales
para el esposo agresor,

y sus obras desleales
tocaran en el honor,
como las de una mujer,
perseverara en los dos
el recíproco querer;
pero que en la ley de Dios
iguales vengan a ser
los delitos del marido
y la esposa; y que en el suelo
haya el vulgo establecido
venganza en leyes del duelo
para el esposo ofendido,
y no para la mujer.

Ésa es terrible crueldad,
suficiente a deshacer
a amor, que sin igualdad,
no sabe permanecer.

PINABEL: Dios conserve a vuestro excelencia
en esta opinión honrada,
que es digna de su prudencia.

CONDESA: El ser dos veces casada
juzga el mundo a incontinencia.

Yo viviré con cuidado
de no adquirir este nombre.

PINABEL: Si no hay gobierno alabado
en una casa sin hombre,
¿qué hará donde hay un estado?

CONDESA: Hombre tiene, Pinabel,
aquesta ciudad en vos,
para regirse por él;
y gobernando los dos,
seguro está Oberisel.

PINABEL: A vuestra excelencia beso
los pies por tanto favor.

CONDESA: De vuestra prudencia y seso
conozco el mucho valor,
y sé que en cualquier suceso
no hará falta el duque muerto
de quien fuisteis tan querido.

PINABEL: Si a servir, señora, acierto
a vuecexcelencia, habré sido
muy dichoso.

CONDESA: Aquesto es cierto.

PINABEL: Y para poderlo hacer

mejor, pues que vuexcelencia
casada no quiere ser,
la vengo a pedir licencia...

CONDESA: ¿Es para elegir mujer?

PINABEL: Es para que intercesora
vuexcelencia sea con ella.

CONDESA: Es muy hermosa?

PINABEL: Señora,

en vuestra presencia bella
no puede serlo el aurora;
mas de vos abajo, vuela
su fama por todo Flandes.

CONDESA: ¿Quién es?

PINABEL: Clavela.

CONDESA: ¿Clavela?

Méritos tiene muy grandes;
pero en eso ¿qué recela
vuestro amor? ¿No fue homicida
su hermano del vuestro?

PINABEL: Fue

el que le quitó la vida,
y con su hacienda heredé

su amor. Quiero que le pida
a su padre. Vuexcelencia,
le mande me dé la mano;
y usando de su clemencia,
alce el destierro a su hermano,
sin hacerle resistencia.

CONDESA: Enviadlos a llamar.

PINABEL: Ya, señora, eso está hecho
y poco pueden tardar
los dos.

CONDESA: En vuestro provecho
sois vigilante.

PINABEL: En amar
¿quién no lo es?

CONDESA: La elección
que habéis hecho me contenta,
que en belleza y discreción
Clavela la fama aumenta
de la flamenca nación.

PINABEL: Ella misma entra, señora,
a estimar y agradecer
tal merced.

CONDESA: Intercesora
con ella os tengo de ser,
pues que tanto os enamora.

Salen LIBERIO, CLAVELA, y LUCRECIA

LIBERIO: En que tenga vuexcelencia
memoria de nuestra casa
y nos traiga a su presencia,
todos los límites pasa
nuestra dicha.

CONDESA: La experiencia,
Liberio, que resplandece
en vos, que tenga memoria
de vuestras canas merece,
y de Clavela, que es gloria,
que como sol resplandece.

CLAVELA: Por no quedar corta, callo,
estimando la ventura,
que en vos, gran señora, hallo.

CONDESA: No es bien que tanta hermosu-
ra,
y tan prudente vasallo,

deje de participar
de mi privanza y favor;
y que toda esta ciudad
estime vuestro valor
y alabe vuestra beldad,
y yo, que soy su señora,
no la goce.

CLAVELA: Mi vergüenza
responderá por mí ahora.

PINABEL: Su rostro hermoso comienza
a imitar la blanca aurora.

CONDESA: Ya sé que el dar muerte Otón
a Enrico, de Pinabel
hermano, fue la ocasión
que perdiédes por él
el favor y estimación
que el duque, que tiene Dios,
hizo en negocios de peso,
Liberio noble, de vos;
pero aquel triste suceso
podéis convertir los dos
en un pacífico estado,

como queráis. Pinabel,
en vez de estar agraviado
y pedir venganza de él,
que alcance me ha suplicado
le dé Clavela la mano.

Ya sabéis que por la suya
regirse mi estado es llano;
y para que restituya
la paz a su muerto hermano
Liberio, el modo mejor
y más común, es juntar
prendas de sangre y amor,
de quien puede resultar
tanta nobleza y valor.

Pues yo intercedo, no creo
que habrá aquí dificultad.

LIBERIO: Cuando en tan dichoso empleo
faltara la calidad
y la nobleza que veo
en Pinabel, gran señora,
y no interesara yo
su amistad y paz que ahora

a tan buen tiempo llegó,
basta ser intercesora
vuexcelencia para hacer
de nosotros a su gusto.
No tengo qué responder.
Sólo, si os parece justo,
será con el parecer
de Otón, mi hijo, que está
en Monblán.

PINABEL: ¡Válgame el cielo!

CONDESA: Si es discreto, él lo tendrá
por bien.

LIBERIO: Comunicarélo,
y él vendrá, señora, acá

a besar a vuexcelencia
los pies.

CONDESA: Clavela, ¿no habláis?

CLAVELA: Si está dada la sentencia
en el pleito que tratáis,
gran señora, en la presencia
de mi padre, ¿qué he de hablar?

Serviros sólo apetezco.

CONDESA: Venid, que os quiero enseñar
mi alcázar.

Vanse todos, menos PINABEL

PINABEL: Si es que merezco,
Amor, el cielo gozar
de tan bella perfección,
términos acorta y plazos;
que es muerte la dilación
de sus amorosos lazos.
Voy a ver y hablar a Otón.

*Vase. Salen don RODRIGO y
CHINCHILLA*

RODRIGO: ¿Hay sucesos semejantes?

CHINCHILLA: Cuando los llegue a saber
Madrid, los ha de poner

en sus novelas Cervantes.

Aunque en el tomo segundo
de su manchego Quijote
no estarán mal, como al trote
los lleven por ese mundo
las ancas de Rocinante,
o el burro de Sancho Panza.

RODRIGO: Basta, que la semejanza
de este Otón, tan importante
para mi necesidad
y aumento de los cuidados,
hoy libres y enamorados,
tiene toda la ciudad
engañada y persuadida
que soy Otón.

CHINCHILLA: Lindo cuento
es llegar de ciento en ciento
a darte la bienvenida,
y decir uno espantado,
"¿Cómo no me conocéis,
si ha tantos años que habéis
mi lado y mi casa honrado?"

Y otro decir, "No entendiera
que con tanta brevedad
las leyes de la amistad,
Otón, el tiempo rompiera."

Y tú, mascando entre dientes
ambiguas satisfacciones,
como quien reza oraciones,
dar los brazos a parientes
que en toda tu vida viste.

RODRIGO: Con todos cumplo callando,
lo que dicen otorgando.

Tú en aquesto me metiste.
¿Qué he de hacer?

CHINCHILLA: El callar sabe
vencer. No ha faltado loco
que, viéndote hablar tan poco,
dijo, "¡Qué necio y qué grave
que viene el señor Otón! "
Yo respondí, aunque lacayo
"Como Otón no es papagayo,
no habla aquí de ostentación,
ni hay pena para los mudos."

Mas nada hubo como ver
el llegar el mercader
a pedir los cien escudos
y tú, muy disimulado,
decir, "No penséis, señor,
que como el mal pagador,
de la deuda me he olvidado.

Venid a casa mañana;
que mi padre os los dará."

RODRIGO: En esto estoy puesto ya.

La hermosura de esta hermana
en Monblán me ha detenido;
que si no, yo deshiciera
con mi ausencia esta quimera.

CHINCHILLA: ¿Háte Cupido escupido?

RODRIGO: Desmandados pensamientos
han dado en ser estudiantes,
y como son principiantes,
andan en los rudimentos.
Pero en escuelas de Amor,
con poca dificultad
alcanza en su facultad

borla y grado de doctor
quien, para que no se excuse,
el alma ofrece en propinas.

CHINCHILLA: Ya parece que declinas
con Clavela a *musa, musae*;
pero no querrás pasar
con el estudio adelante,
por más que seas estudiante.
Si llegas a conjugar
con ella...

RODRIGO: No sé, por Dios,
lo que te responda en eso;
que es hermosa te confieso.

CHINCHILLA: ¡Noramala para vos!

Sale PINABEL

PINABEL: Los brazos que a la venganza
pudieran dar otro tiempo
debida satisfacción
y muerte al atrevimiento,

por el amor enlazados
que a prendas del alma tengo,
y de quien vos sangre sois,
para abrazaros ofrezco.
Seais, Otón, bien venido.

RODRIGO: ¿Qué es esto, señor? Teneos.

*Hablan aparte don RODRIGO y
CHINCHILLA*

Chinchilla, huyamos de aquí;
que cada instante me veo
en un mar de confusiones.

CHINCHILLA: Con la industria y el silencio
podrás salir bien de todo.

Disimula, si eres cuerdo.

PINABEL: Si pesadumbres pasadas,
que en paces trocar deseo,
os obligan a no hablarme,
rompe al enojo el velo;

que en mí no bastan agravios
de un hermano, por vos muerto,
a que, olvidadas pasiones,
no os salga, Otón, al encuentro.
Los cielos quieren que sea
amigo y pariente vuestro;
no neguéis a Pinabel
lengua y brazos.

Aparte a su amo

CHINCHILLA: Ya di en ello.
Éste es, señor, el hermano
de aquel muerto caballero,
causa de ausentarse Otón,
y de todo este embeleco.
Háblale y dale los brazos;
pues ya te he contado el cuento
de la historia.

RODRIGO: Pinabel,
si he dudado en responderos,

la novedad lo ha causado
que en vuestras palabras veo,
aguardo de vuestras obras.
¡Gracias a Dios y a los tiempos,
que mudan las voluntades!

Abrázale

PINABEL: La priesa de mis deseos
atropella las palabras.
Sabed que el Amor, tercero,
entre enojos criminales,
eternas paces ha puesto
en pasiones ya olvidadas
y hablando claro, yo quiero
a vuestra hermana Clavela
tanto, como al movimiento
circular el primer móvil,
y como la piedra al centro.
La condesa mi señora,
a mi intercesión y ruegos,

se la pidió a vuestro padre,
y respondió el cortés viejo
a medida de mi gusto,
como de su entendimiento
prudencia se esperaba,
a vos, Otón, remitiendo
la ejecución de mi dicha;
pues siendo noble, no creo
dejaréis de efectuarla,
y estimar mi sangre y deudo.
Vamos, amigo, a palacio,
donde Clavela y Liberio
con la condesa os aguardan.

*Habla aparte don RODRIGO con
CHINCHILLA*

RODRIGO: ¡Ay Chinchilla! ¿qué es aquesto?

CHINCHILLA: Atambores en cuaresma.

RODRIGO: (Por la puerta de los celos
entré en vuestra casa, Amor.

No saldré de ella tan presto.)

La dicha que se nos sigue
a nosotros en teneros
por pariente y por amigo,
es notorio y manifiesto.

Cuanto a esta parte, no hay duda
sino que seré el primero
que por honrar nuestra sangre,
trate vuestro casamiento.

Sólo hay un inconveniente,
que la industria hará ligero,
suspendiendo algunos días
las bodas.

PINABEL: Siglos eternos
serán los breves instantes.

Pero ¿qué estorbo hay?

RODRIGO: Yo vengo
de Madrid, corte de España,
patria y madre de extranjeros.
Profesé en ella amistad
con un noble caballero,
que porque en Flandes nació,

quiere bien a los flamencos.

Es don Rodrigo Girón
su nombre, a quien amo y quiero
como a mí mismo, porque es
conmigo un alma.

CHINCHILLA: (¡Y un cuerpo!)

Aparte

RODRIGO: Mil veces, comunicando
los dos, le dije el suceso
que me desterró de Flandes,
la hermosura encareciendo
de Clavela de tal suerte,
que aunque el amor que es perfeto
entra al alma por los ojos,
aquella vez entró dentro,
como fe, por los oídos;
y fue con tan grande extremo,
que está pretendiendo un cargo
en Flandes, sólo por esto.
Prometíle a la partida,
por la fe de caballero,
si hallaba a Clavela libre,

aguardar un año entero
su venida, sin casarla;
pero en Madrid, que es el cielo
de ocasiones amorosas,
y yo ausente, que era el cebo
de su amor, ya habrá el olvido
con él sus milagros hecho;
que a la mudanza en la corte
la dan casa de aposento.

No he dicho nada hasta ahora
a mi padre; que lo dejo
para tratarlo despacio,
por ser negocio de peso.

Escribiréle esta noche
que Clavela, como es cierto,
está con vos concertada;
y aunque las bodas suspendo
por guardarle la palabra,
se han de poner en efeto.

Que suelte, y dé al desposorio
lugar. ¿Qué decís?

PINABEL:

Que temo

de mi desdicha que venga
a estorbar mi casamiento
don Rodrigo, con las alas
de sus mismos pensamientos,
que le traerán por los aires,
para que llegue mas presto.

Tocan al arma dentro

Pero ¿qué alboroto es éste?

RODRIGO: Tocar a rebato siento.

PINABEL: ¡Válgame Dios! ¿qué será?

Sale LEONELO

LEONELO: ¡Notable caso!

PINABEL: Leonelo,

¿qué enemigos nos asaltan,
cuando estamos libres de ellos?

LEONELO: El palatino del Rin,

Casimiro, que viniendo
curioso o enamorado
hoy a Monblán encubierto,
a saber por experiencia
si son encarecimientos
o verdades los que alaban
nuestra condesa hasta el cielo,
perdido por su hermosura,
y a su amor correspondiendo,
conforme su pretensión
y cartas del duque Arnesto,
en saliendo de Monblán,
con un escuadrón tudesco,
que en el bosque le esperaba,
la vuelta ha dado, resuelto
de conquistar por las armas
lo que no alcanzaron ruegos;
y no ha sido poca dicha
de que no haya entrado dentro,
cogiéndonos descuidados.

PINABEL: ¿Hay mayor atrevimiento?
Pero la condesa es ésta.

*Sale la CONDESA con
ACOMPañAMIENTO*

PINABEL: Señora...

CONDESA: ¿Que el mensajero
era del duque mi hermano

Casimiro, el conde?

LEONELO: Él mismo
que nuestra ciudad asalta.

CONDESA: Como no asalte mi pecho,
poco importa. Pinabel...

RODRIGO: Los piés, gran señora, beso
a vüexcelencia.

CHINCHILLA: (¡Por Dios,
Aparte

que es gentil hembra en extremo
la viuda!)

CONDESA: ¿Sois vos, Otón?

RODRIGO: Y humilde vasallo vuestro.

Habla RODRIGO aparte al criado

¡Qué hermosa mujer, Chinchilla!

CONDESA: Mucho me he holgado de veros.

Yo prometí a vuestro padre daros, Otón, en viniendo, la plaza de secretario.

Ya podéis servirla.

RODRIGO: Vuelvo
a besar a vuexcelencia los pies.

Hablan aparte CHINCHILLA y su amo

CHINCHILLA: Hucha de secretos eres. ¿Qué seré yo?

RODRIGO: Calla.

CONDESA: ¿Querrá el conde poner cerco

a Momblán?

LEONELO: Así se dice.

CONDESA: Id Pinabel, repartiendo
soldados por las murallas,
que los que en presidios tengo,
y los que de los estados
del duque mi hermano espero,
humillarán la arrogancia
de aqueste amante soberbio.

Vase PINABEL

RODRIGO: Si en vez del papel y tinta
que me dais sin merecerlo,
me concedéis, gran señora,
que escriba con el acero
hazañas, con que os sirváis,
con vuestra licencia trueco
la plaza de secretario
por la de soldado vuestro.

CONDESA: Secretario y capitán

podéis ser. Venid, tratemos
lo que importa en este caso,
porque sepa el conde necio
que si en la constancia imito
a la viuda de Siqueo,
en fortaleza la igualo.

*Vase la CONDESA con su
ACOMPAÑAMIENTO*

RODRIGO: ¿Hay tal mujer? ¿hay tal cielo?

CHINCHILLA: ¿Qué te parece?

RODRIGO: Un milagro,

y entre crepúsculos negros
de aquel luto, me parece
un sol que está amaneciendo.

CHINCHILLA: ¿Hate enamorado ya!

RODRIGO: ¿Tengo yo merecimientos
para tal ángel?

CHINCHILLA: Patudo.

¿Y Clavela?

RODRIGO: En ese empleo
me ocuparé, que es mi igual.

CHINCHILLA: ¡Bueno ha estado el embeleco
con que a Pinabel burlaste!

RODRIGO: El amor es todo enredos.

CHINCHILLA: Vamos, señor secretario.

RODRIGO: Si me fía sus secretos,
mil veces dichoso yo.

CHINCHILLA: Chamuscado te has al fuego
de la viuda.

RODRIGO: Así es verdad.

CHINCHILLA: Parecerás pie de puerco.

RODRIGO: ¿Por qué?

CHINCHILLA: Porque se chamusca.

RODRIGO: ¡Ay viuda hermosa!

CHINCHILLA: ¡Ay babero!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sale la CONDESA

CONDESA: Yo os prometí, mi libertad
querida,
no cautivaros más, ni daros pena;
pero promesa en potestad ajena,
¿cómo puede obligar a ser cumplida?
Quien promete no amar toda la vida,
y en la ocasión la voluntad enfrena,
seque el agua del mar, sume su arena,
los vientos pare, lo infinito mida.
Hasta ahora con noble resistencia
las plumas corto a leves pensamientos,
por más que la Ocasión su vuelo ampare.
Pupila soy de Amor. Sin su licencia

no pueden obligarme juramentos.
Perdonad, voluntad, si los quebrare.

Sale CLAVELA sin ver a la CONDESA

CLAVELA: Todas las veces que a mi her-
mano veo
tan discreto, apacible y cortesano,
se va la voluntad del pie a la mano,
y sale de su límite el deseo.
Como hermano le quiero; mas no creo
que es bastante el amor, cuando es de hermano,
a dormir tarde, a despertar temprano,
ni a ver cuál con sus ojos me recreo.
Decid vos la verdad, desnudo ciego;
que aunque en amor de hermano no hay caute-
la;
me dan que sospechar tantos desvelos.
"La sangre hierve," me diréis, "sin fuego."
Sí; pero amor de hermano no desvela,
y cuando desvelara, no da celos.

CONDESA: Clavela.

CLAVELA: Señora mía.

CONDESA: Despues que en mi casa estás,
y con tu presencia das
tregua a mi melancolía,
cuanto tú más la deshaces,
más la aumentan mis cuidados,
que en esta guerra engendrados,
no admiten medios de paces.
Ninguna cosa me agrada.

CLAVELA: No fueras tú tan prudente
a no tener al presente
pena de verte cercada.

CONDESA: (¡No lo estuviera yo más
Aparte
de alterados pensamientos,
que, todos atrevimientos,
no vuelven un paso atrás!)
Sentémonos aquí un rato,
pues contra agravios del sol
nos sirve de quitasol

el compuesto y verde ornato
de estos jazmines y nuezas,
que con apacibles lazos
traen estos muros en brazos,
formando calles y piezas.

CLAVELA: En aqueste cenador
hay sillas.

CONDESA: Siéntate en una.

CLAVELA: No hagas a mi fortuna,
señora, tanto favor.

En el suelo estaré bien.

CONDESA: Gocemos de la llaneza
que alborota la grandeza
de palacio. No nos ven
criados que nos murmuren.

Siéntate, Clavela, aquí.

CLAVELA: Aunque no hay partes en mí
que esta merced aseguren,
por servirte, te obedezco.

*Siéntanse. CLAVELA se sienta en el
suelo*

CONDESA: ¿Quieres bien a Pinabel?

CLAVELA: Si he de tener dueño en él,
y por tu mano merezco
darle título de esposo,
cuando impedimentos quite
mi hermano que los permite,
quererle bien es forzoso.

CONDESA: ¿Forzoso dices? Amor
no es perfeto, si es forzado.
Si anduviera Amor armado,
llevárase por rigor.

Desnudo nos da señales
que quien le ha de conquistar,
Clavela, ha de pelear
con él con armas iguales.

CLAVELA: Si Casimiro advirtiera
aqueso, no te cercara.

CONDESA: Es necio, pues no dudara
que Amor, que espera se altera
al ver espadas desnudas.

CLAVELA: Sí, porque es de la paz dueño.

CONDESA: El ver a amor tan pequeño
materia ha dado a mis dudas;

porque siendo tan antiguo
cuanto ha que el mundo es amante,
ya pudiera ser gigante;

pero después que averiguo
que entra por la vista Amor,
y que tan pequeña puerta
la entrada hace más incierta,
cuanto es el que entra mayor,
no me causa espanto el ver
que a ser niño Amor se aplica;

pues se desnuda y achica,
Clavela, para caber

mejor, pequeño y desnudo,
por entrada tan estrecha.

Pues si el conde se aprovecha
de las armas, cuando pudo
dejar marciales despojos,
y pide en la vista entrada,
no es bien que entre con la espada,

que me sacará los ojos.
Amor, Clavela, es ladrón.
Siempre se entra sin ruido,
y así del conde atrevido
venganza me dará Otón,
en quien miro, te prometo,
un gallardo capitán,
un cortesano galán,
un secretario discreto,
y un... (¿Dónde vais? Deteneos, Aparte
pensamientos mal nacidos,
que os arrojáis atrevidos
tras desbocados deseos,
que os tienen de despeñar.)

CLAVELA: Por la parte que me cabe
de que vuexcelencia alabe
mi hermano; a poderla dar
la corona de Alemaña,
honrándose en su cabeza,
aumentara su grandeza;
aunque después que de España
vino Otón tan mejorado

en valor y cortesía,
discrecion y gallardía,
a merced con que le ha honrado
vuexcelencia, la merece.

CONDESA: Es muy sazonado Otón.
Muy buena conversación
tiene... (Y muy bien me parece.) Aparte
Holgárame de saber
qué dama es la que entretiene
sus penas, por ver si tiene
tan buen gusto en escoger
como en lo demás.

CLAVELA: ¿Quién duda
que no querrá ser Otón
en la mejor perfección
imágen compuesta y muda?
No creo que el pensamieato
tan divertido tendrá,
que algún tiempo no tendrá
para algún atrevimiento
digno de tan buen sujeto;
pero Otón es tan callado,

que hasta ahora no ha pagado
censo a nadie su secreto.
(Mucho se informa de Otón
la Condesa, y la eficacia
con que conserva su gracia,
unos lejos de afición
descubre de cuando en cuando.

Celos, si sois adivinos,
sospechando desatinos,
la verdad vais apurando.)

CONDESA: (Mucho, Amor, manifestáis
Aparte

mi fuego; pues sois su centro.
Alma, amad puertas adentro.

¿Para qué lo pregonáis?
Pero sois fuego que apura
verdades contra el sosiego,
y diréis que nunca el fuego
supo profesar clausura.

Divertir quiero a Clavela;
no sospeche que amo a Otón.)
Si en materia de afición

cursara el conde la escuela
de cortesía, y dejara
las armas, pudiera ser
que mereciera vencer,
y mi rigor se ablandara;
que no me pareció mal
cuando desde las almenas,
dando vidas a sus penas,
del muro hizo tribunal.

Buen talle tiene.

CLAVELA: (Eso sí.) Aparte
¿Qué, tan bien te pareció?

CONDESA: Después que el duque murió,
no casarme prometí;
pero esto de no tener
herederos...

CLAVELA: Deja achaques;
que cuando sin ellos saques
a luz tu amor, merecer
puede el conde Casimiro
que digas te ha desvelado
más de una vez, y que has dado

por él más de algún suspiro.

CONDESA: No tanto.

CLAVELA: ¿Por qué razón?

¿Hay más gallardo sujeto,
más valiente, mas discreto?

CONDESA: Sí, Clavela.

CLAVELA: ¿Quién!

CONDESA: Otón.

CLAVELA: ¿Otón más que el conde? (¡Ay
cielos!) Aparte

CONDESA: (Desvelos, ¿queréis callar?
Aparte

¿Qué? ¿No os puedo refrenar?)

CLAVELA: (Despertad otra vez, celos.)
Aparte

CONDESA: Si ello va a decir verdad,
bien quiero al conde, Clavela.

Lo demás todo es cautela.

Yo le tengo voluntad,
y si desdén he finjido
es porque el conde en rigor
no diga, pudiendo Amor,

que Marte me dio marido.
Esto solo me hace esquivar,
pues si me viene a vencer,
no me tendrá por mujer
sino sólo por cautiva.

Por esto deseo que Otón
le venza y traiga a mis ojos,
y entre soberbios despojos
humille su presunción.

Podrá ser que entonces pruebe
dichas, que ahora no es justo;
porque agradezca a mi gusto
lo que a sus armas no debe.

Esto es verdad, en rigor.

CLAVELA: Tu deseo veas cumplido.

CONDESA: No piense, si no es vencido,
verse el conde vencedor.

CLAVELA: (Alguna satisfacción

Aparte

tenéis ya, niño tirano.

¡Que me dé celos mi hermano!

CONDESA: (¡Que quiera yo bien a Otón!)
Aparte

*Suenan cajas. Salen SOLDADOS, LIBERIO,
CHINCHILLA,
y detrás con bastón, don RODRIGO*

RODRIGO: Ya el conde Casimiro ha le-
vantado
el cerco, excelentísima señora,
no voluntariamente, mas forzado
de vuestra suerte, siempre vencedora.
La vuelta da a su tierra, castigado
como merece, quien os cercó ahora
de armas, mereciendo esa belleza
cercos de oro que ciñan la cabeza.
El deseo que anima mi ventura
para que os sirva ardides me ha ofrecido
con que rendir al conde, que procura
esposa conquistada, amor vencido.
Salí amparado de la noche oscura,

que apadrina al amante prevenido,
y a la puerta que el mar combate a besos
mil hombres embarqué, diez tiros gruesos.
Fue Pinabel su capitán valiente,
si cortesano en paz, diestro en la guerra;
y alargándose al mar circularmente
dos millas de distancia, saltó en tierra.
Sacó las piezas luego, echó la gente
y por las faldas de una cana sierra,
marchó hacia el campo, las banderas bajas,
sin dar licencia a vocingleras cajas.
Un hora antes que el alba pise flores
llegó a vista del campo, a quien incita
el sueño con quiméricos vapores;
y como Gedeón al madianita,
al son de las trompetas y atambores
"Viva Diana, la condesa," grita,
escupiendo las piezas de campaña
pelotas para chazas de esta hazaña.
El campo cercador y ya cercado,
de Casimiro, digo yo, despierto,
que no duerme el amante descuidado,

con más voces y gritos que concierto
a la defensa acude alborotado,
que para más temor, tuvo por cierto
que el duque vuestro hermano a socoreros
venía, dando acero a sus aceros.

Yo entonces, que aguardaba prevenido
en la ciudad el venturoso efeto,
abro las puertas, la campaña mido,
y al enemigo ejército acometo.

De franjas de oro guarnecía el vestido
a Flora hermosa el dios pastor de Admeto
cuando entre sangre, muertos y alboroto
vio el conde, no su amor, su campo roto.

En fin huyó, dejándose a los ojos
del mismo sol, cubierta la campaña
de muertos, de banderas, de despojos,
testigos nobles de esta ilustre hazaña.

Así el Amor castiga los enojos
que el conde os dio, quedando en Alemaña
publicando la fama sus delitos;
que también tiene Amor sus sambenitos.

celos rabiosos. ¡Nunca Otón viniera,
si en daño mío tal favor espera!)

RODRIGO: A Pinabel se debe, gran señora,
esta vitoria.

CONDESA: Ya yo sé que tengo
en él un gran vasallo, y desde ahora
premios de amor que goce le prevengo.
Pues a Clavela por esposa adora,
ella le premie.

PINABEL: A suplicaros vengo
que a su hermano mandéis que acorte plazos,
pues no quiero más premio que sus brazos.

CONDESA: Alcaide de Albareal quiero
que sea
Pinabel desde hoy.

PINABEL: ¡Mercedes tantas,
gran señora!

CONDESA: A Clavela doy la aldea,
en dote, de Belflor.

CLAVELA: Ya te adelantas
a Cleopatra magnífica. (No vea Aparte

mi amor en su poder, estrellas santas,
Pinabel en su vida, o de la mía
el curso corte en flor la muerte fría.)

CONDESA: Liberio, que tal hijo nos ha
dado

para defensa nuestra y honra suya,
será gobernador de mi condado,
porque en sus canas su valor se arguya.

LIBERIO: Con que él os sirva a vos quedo
yo honrado;
su dicha a vuestra fama se atribuya.

CONDESA: Y a vos, que de valor sois un
trasunto,
os quiero yo pagar, Otón, por junto.
Pensando estoy qué os dar. (¡Ay, quién pudiera
Aparte
hacerle de mí misma eterno dueño!)

RODRIGO: Del sol hermoso la dorada esfe-
ra,
no os sirviendo, será premio pequeño.

CONDESA: (Quiero huír de mí misma; que
ligera,

Otón, hacerte conde! ¡Que a un criado
tenga yo amor! El verle me enloquece.
Mas es bizarro Otón. Bien lo merece.)

*Vanse todos, menos don RODRIGO y CHIN-
CHILLA*

RODRIGO: ¡Ay Chinchilla! Si en los ojos
el Amor su idioma tiene,
y a quien a mirarlos viene
habla regalos o enojos,
y en las amorosas dudas
son sus niñas hechiceras
cuando callan más parleras
porque hablan por señas mudas,
ya la condesa Diana,
leyendo sus ojos bellos,
me ha dicho cosas por ellos
divinas. No hay lengua humana
tan discreta y elegante,
aunque a la de Tulio exceda,
que en un año decir pueda

lo que ellos en un instante.
¡Qué de cosas me ha advertido!
¡Qué de regalos me ha hecho!
¡Qué bien me mostró su pecho!
¡Qué bien me ha favorecido!
Loco estoy.

CHINCHILLA: Mira que son
quimeras todas y antojos.

RODRIGO: Si hay retórica en los ojos
con colores de afición,
yo sé bien que no me engaño.
Lenguaje es éste de amor.

CHINCHILLA: Basta, que eres Galaor.
Bien habrás mudado ogaño
cien damas. ¿Qué yerbas pisas!
¿Quién te ha vuelto camaleón?
En un año ciento son
aun muchas para camisas.
¿No te estaba bien Clavela,
mujer rica y principal,
en sangre y amor tu igual?
Que en sabiendo la cautela

con que finges ser su hermano,
y que eres, en vez de Otón,
un castellano Girón,
del de Osuna el más cercano,
mienta yo, si no imagino
que olvidando a Pinabel,
te hiciera dueño en vez de él
de su talle peregrino.

Vuelve a casa, pan perdido,
Clavela te está mejor.

RODRIGO: No menosprecio su amor,
pues que tengo entretenido
a Pinabel. Mientras sé
si me tiene voluntad
la soberana beldad
de la condesa, podré
contemporizar, Chinchilla,
con Clavela.

CHINCHILLA: ¡Plegue a Dios
que no volvamos los dos
trasquilados a Castilla.
Ya es de noche.

RODRIGO: No es posible
que pueda dormir quien ama.

Al terrero de mi dama,
no en la cama aborrecible,
me tiene de amanecer.

Dame otra capa y sombrero.

CHINCHILLA: No quieres cenar primero?

RODRIGO: No, Chinchilla.

CHINCHILLA: ¿Sin comer
amas? ¡Lindo desvarío!

Tú te pondrás pronto flaco,
porque sin Ceres ni Baco
dicen que Amor tiene frío.

Vanse los dos. Salen CASIMIRO y FLORO

CASIMIRO: Floro, en vano me aconsejas.
Si a la muerte de un rigor
estoy, ¿no será mejor
morir delante estas rejas?
Oiga este muro mis quejas,

pues a estas piedras frías
a mis malogrados días
obsequias haciendo están.
Quizá las ablandarán
las tristes lágrimas mías.

FLORO: Refrena el atrevimiento
Con que en las manos te pones
De Diana.

CASIMIRO: En sus prisiones
moriré, Floro, contento.
Entre estas piedras intento
escoger sepulcro igual
a mis penas, Floro leal,
para que mi ingrata bella
conozca que si no en ella,
en piedras hacen señal.
Palma ingrata, cuyo fruto
no goza el dueño en su vida,
¿por qué, si sois homicida,
dando muerte os ponéis luto?
¿Por qué no pagáis tributo
a Amor, cuyo tribunal

tiene imperio universal?
¿Cómo puede, ingrata, ser
que tenga en todos poder,
y en vos nunca, por mi mal?

*Sale CLAVELA, a una ventana del palacio sin
ver a nadie*

CLAVELA: En vano, locos desvelos,
prueba a dormir mi temor;
que no tiene mucho amor
quien puede dormir con celos.
¡Que me hayan dado los cielos
un mal con pensión tan fiera,
que aunque sin remedio muera,
no me consientan hablar
a quien me pueda quejar
que estoy enferma siquiera!
Mi hermano me tiene loca
de amor y celos. ¿No es mengua,
Amor, que os ate la lengua,

y os tape el temor la boca?
Quejándose, el fuego apoca
de la fiera calentura
el enfermo que procura
sanar; mas--¡ay suerte avara!--
que mal que no se declara,
difícilmente se cura.

¿Con qué cara será justo
que me atreva a declarar
con mi hermano? No ha lugar.
Pensarlo me causa susto.
.....[-usto]

¿Es bien pagar tal pensión,
mi ciega y nueva pasión?
Decidle vosotros, ojos,
la causa de mis enojos;
que la lengua no es razón.

CASIMIRO: Los acentos de unas quejas
oigo, Floro, a una ventana
del palacio de Diana.

FLOORO: Suyas son aquellas rejas.

Quejaráse desvelada
entre sus damas alguna
contra el amor y fortuna,
o celosa, o desdeñada.

CASIMIRO: Pues déjamela escuchar
que si desdichas ajenas
disminuyen propias penas,
los dos podremos llorar
a versos la tiranía
de este amor, que puede tanto;
que hasta en la pena y el llanto
consuela la compañía.

CLAVELA: (Hablar siento en el terrero.
Aparte
Saltos me da el corazón.
Si adivina que es Otón,
y muere del mal que muero?
La condesa le ha mirado
con tan eficaz afeto,
que si al paso que es discreto,
es Otón considerado,
ya habrá su amor conocido;

y no pienso yo de Otón
que perderá la ocasión,
favorable al atrevido.
¿Si le quiere bien? Querrá,
y tras querer bien, ¿quién duda
que amante al terrero acuda
si ya entre los dos no está
concertado que a estas horas
la venga a este puesto a hablar?
Mi mal quiero averiguar.
¡Ay sospechas embaidoras!
Caminante que anda a oscuras,
astrólogo que experiencias
conoce por consecuencias,
médico por conjeturas,
en vano pienso que trazo
averiguar mis desvelos;
que de ordinario los celos
ven por tela de cedazo.

Sale don RODRIGO, de noche, hablando con su criado

CHINCHILLA sin reparar en nadie

RODRIGO: Chinchilla, aguárdame aquí.

CHINCHILLA: ¿Con qué brasero a los pies?

¿Piensas tú que Flandes es

Madrid o Sevilla? Di.

En mayo estamos, y nieva

como por la Candelaria.

RODRIGO: ¿Siempre has de ser de contraria
opinión?

CHINCHILLA: Párate y prueba.

¿Tú no ves con cuánta prisa

el cielo a la tierra llana,

porque es domingo mañana,

la está vistiendo camisa?

Los hielos ¿no te congojan,

ni el ver que aquí a todas horas

son las nubes cardadoras?

Mira los copos que arrojan.

Mira asomar, por gateras

de nubes despedazadas,

estrellas, de puro heladas,
temblando. ¿No consideras
tú cuál están, señor mío?

Pues cree que aunque estrellas sean,
parece que centellean,
y es que tiritan de frío.

RODRIGO: Gente ha venido al terrero.
¡Válgame Dios! ¿Quién será?

Floro habla aparte con el conde CASIMIRO

FLORO: Rondantes tenemos ya.

CASIMIRO: Apártate aquí, que quiero
saber, Floro, si la dama
que se quejaba le espera
y quién es él.

FLORO: Considera,
señor, que a la puerta llama
del alba el sol.

CASIMIRO: No amanece.
¿No dejaste el barco atado?

FLORO: Junto a este muro bañado
del mar, que besos le ofrece.

CASIMIRO: Déjame ahora, que presto,
dando los remos al mar,
nos pueden asegurar;

Apártanse a un lado

RODRIGO: Despejado me han el puesto.
No les debe de importar
este sitio lo que a mí.

CLAVELA: ¡Ay, si fuese Otón!

RODRIGO: (Yo oí Aparte
de una reja a Otón nombrar.

¡Cielos! ¿Hay dicha mayor?)

CHINCHILLA: ¡Pese a los hielos judíos!

¡Tiritando con dos fríos,
de la nieve y del temor!

¡Y alcahuete centinela!

Paséase

Eso sí; pasear y dalle,
por no pasmarme en la calle,
pues no he cenado cazuela.)

RODRIGO: (¿Qué dudo? ¿No puede ser

Aparte

que sea la condesa? ¡No!

¿Si me quiere? ¿Qué sé yo?

¿No soy hombre? ¿No es mujer?

Llego.) ¡Ah de arriba!

CLAVELA: ¿Quién llama?

RODRIGO: Otón que ausente merece
que de él se acuerden.

CLAVELA: (Parece Aparte
que es mi hermano.)

RODRIGO: (¿Si es mi dama?)

Aparte

CLAVELA: ¿Sois vos, Otón?

RODRIGO: Sí señora.

Vos ¿quién sois?

CLAVELA: Mirad primero

qué gente está en el terrero.

RODRIGO: Dos estaban aquí ahora;
pero o se fueron, o yo
con la mucha oscuridad
no alcanzo a verlos.

CLAVELA: Llegad
más cerca.

RODRIGO: ¿Que mereció
esta suerte mi ventura?

¿Que esto mi amor interesa?

(Sin duda que es la condesa.) Aparte

CLAVELA: ¡Cómo! ¿En noche tan oscura,
rondando vos? Mucho gana
conmigo vuestra opinión.

Buen amante hacéis, Otón

RODRIGO: En palacios de Diana,
nunca falta luz, señora.

CLAVELA: Agora no hay luz ninguna;
que está enlutada la luna
por el sol que muerto llora.

RODRIGO: ¡Ay! ¡Quién pudiera enjugar
sus lágrimas!

CLAVELA: ¿Vuestra dama
tan pocas por vos derrama,
que os deseáis ocupar
así en lágrimas ajenas?

RODRIGO: A merecer yo saber
quién sois vos, pudiera ser
que os declararan mis penas
si son ajenas o no
las lágrimas que deseo
enjuagar.

CLAVELA: A lo que veo,
la dama le os mereció,
es dama de la condesa.

RODRIGO: Tan su querida, que alcanza
harto más que mi esperanza.

CLAVELA: Si queréis que en esta empresa
os sirva yo de tercera...

RODRIGO: No admite de su favor
tercero el juego de Amor;
pero para que no muera
del deseo que me abrasa,
queréisme vos declarar

¿quién sois?

CLAVELA: No os ha de importar.
Una dueña de su casa.

RODRIGO: Dueña, porque la señora
sois de esta casa.

CLAVELA: Eso no.

RODRIGO: ¡Pluguiera a Dios, como yo
os conozco a vos ahora,
quisiédes conocer
vos un pecho agradecido!

CLAVELA: ¡Qué mal me habéis conocido!
La condesa no es mujer
que a tal hora había de estar
en ventanas del terrero,
siendo viuda.

RODRIGO: Yo no quiero
la ocasión averiguar;
pero a veces el león
huye cuando no le ven;
y la condesa también
conservará su opinión
en público; pero a solas,

¿qué perderá porque aquí
se divierta?

CLAVELA: ¿Hácenlo así
las viudas españolas?

RODRIGO: Españolas y alemanas.

¿Queréis no hacerme penar?

CLAVELA: Pues ¿habíaos yo de hablar
de noche por las ventanas,
si la que vos pensáis fuera?

RODRIGO: Y aun por ver que lo negáis,
más mi sospecha aumentáis.

CLAVELA: Ahora bien, Otón, no quiera
el cielo que a quien me ha dado
vitoria y libertad hoy,
tenga suspenso. Yo soy
la condesa de este estado.

CASIMIRO habla aparte con FLORO

CASIMIRO: ¡Ay, Floro! ¿No escuchas esto?
Sin duda tiene afición

la ingrata condesa a Otón.

Él me ha vencido, él me ha puesto

en este estado. ¿Será

justo que le demos muerte?

FLORO: Señor, tu peligro advierte.

CASIMIRO: No hay temer peligros ya.

Con las alas del batel
volveremos por el mar.

La noche nos da lugar,

y prisa el odio crüel

que a Otón tengo.

FLORO: Espera un poco.

Satisfécete primero

de a quién ama.

CASIMIRO: Si eso espero,

fuerza será el verme loco.

RODRIGO: No en balde el alma adivina,

contra la sospecha vana,

hermosísima Dïana,

conoció la luz divina

que eclipsa el funesto luto

que traéis.

CLAVELA: Nuevos cuidados,
para el sosiego pesados,
han usurpado el tributo
que al descanso paga el sueño.
No puedo pegar los ojos.

RODRIGO: ¡Ay! ¿Quién de aqueos enojos
supiera quién es el dueño?
¿Queréis decírmelo a mí?

CLAVELA: Vos la ocasión de mi bien
sois, y de mi mal también.

CASIMIRO: (¿Esto escucho?)
Aparte

RODRIGO: ¿Cómo así?

CLAVELA: De mi bien, porque vencido
habéis al conde, que a amor
quiere obligar con rigor,
sabiendo que el bien nacido
con alhagos y blandura
se deja mejor llevar;
de mi mal, porque el pesar
que al conde distes procura

desvelarme como veis.

RODRIGO: ¿Pesar del conde os desvela?

CLAVELA: Con vos no ha de haber cautela;

y pues ya lo más sabéis,

¿veis el aborrecimiento

que al conde he mostrado, Otón?

¿Veis que arriesgo mi opinión,

huyendo mi casamiento,

rebelde, por resistir

las armas con que pretende

el amor con que me ofende?

Pues más hago en reprimir

desvelos que han de vencer

al cabo.

CASIMIRO: (¡Ay, piadosos cielos!

Aparte

¿Esto es verdad?)

RODRIGO: (¡Viles celos! Aparte

¿Esto venimos a ver

y me dejáis con la vida?

¡Ay esperanza engañada,

tan despacio conservada,

y tan aprisa perdida!)
Pues si queréis bien al conde,
y su valor y grandeza
con vuestro estado y riqueza
igualmente corresponde,
señora, y el duque Arnesto,
vuestro hermano, os ha pedido
que le admitáis por marido
siendo el medio tan honesto,
¿por qué le habéis despreciado,
y vuestro rigor le ofende?

CLAVELA: Porque por armas pretende
lo que se ha de hacer de grado.

Amor se cobra por plazos,
como censo, por desvelos,
suspiros, penas, recelos,
pero no a fuerza de brazos;
que es dios, y ha de poder más.
Si el conde querer supiera,
menos armado viniera;
que no se rindió jamás
Cupido a Marte, y es loco

quien inquieta su sosiego;
que Amor, del modo que el fuego
se introduce poco a poco.
A fe que si por despojos
de vuestra vitoria, Otón,
en prueba de su afición,
trujérades a mis ojos
al conde preso y rendido,
que sospecho de mi amor
que viéndose vencedor,
se sujetara al vencido.
¡Ay Otón! Si en lugar vuestro
el conde me oyese...

Habla CASIMIRO aparte con FLORO

CASIMIRO: Floro,
¿diré a voces que la adoro?
¿Daré del gozo que nuestro
señales? ¿Diré quién soy?
FLORO: Calla.

CASIMIRO: ¿Qué espero? ¿Qué aguardo?

CLAVELA: ¿Hay príncipe mas gallardo que el conde en el mundo hoy?
Del imperio es eletor,
y pretendiente también.

RODRIGO: En fin, vos le queréis bien,
que es la ventura mayor.

(¡ Ay de mí!) Aparte

CHINCHILLA: (¡Que el cielo esté

Aparte

echando chuzos aquí,
y se estén los dos así,
sin por qué ni para qué!
Maldiga Dios tal paciencia.
Aquesto va muy despacio;
alborotar a palacio
quiero, fingiendo pendencia.
Meto mano.)

A voces, dando cuchilladas al viento

¡Perro, advierte
que es de Chinchilla esta espada.
Muere. De esta cuchillada,
le espeto. ¡Ay! Dile la muerte.

CLAVELA: ¿Qué ruido es este? ¡Ay cielos!

CHINCHILLA: Muera.

Vase CHINCHILLA

CLAVELA: Otón, mirad por vos,
y guardad secreto.

RODRIGO: Adiós.

Vase RODRIGO

CLAVELA: Yo he dado gentiles celos
a Otón, y quizá por ellos
mudará de parecer;
que no querrá pretender

de Diana los ojos bellos,
compitiendo con el conde;
mas ¿qué os aprovecha, Amor,
el ser vos enredador,
si un imposible os responde
que no puedo, aunque a mi hermano
adore, ser su mujer?
Mas diréis que queréis ser
el perro del hortelano.

Quítase CLAVELA de la ventana

CASIMIRO: ¿De qué sirve el encubrirme?
¡Ah mi condesa! ¡Ah mi bien!
Luz esos ojos me den.
El conde soy; a rendirme
vengo a esos pies. Yo fui necio
en pretender conquistaros
por armas. Con adoraros
por sol de divino precio,
con veros no más, Diana,

podiera alegre vivir
solo por mí sé decir
que fue cólera alemana.

Mas, mi bien, yo aguardaré
desde aquí, si he sido loco,
un año, un siglo, y es poco.

FLOORO: Aqueso sí; cansaté;
que una hora ha que se quitó
de la reja la condesa.

CASIMIRO: O muros, ¿cómo no os besa
quien en vosotros oyó
tal favor? ¡O rejas mías,
cera sois, no hierro duro!

FLOORO: Deja las rejas y el muro,
y mira que desvarías.

CASIMIRO: Si la condesa ha propuesto,
viéndome a sus pies rendido,
darme el nombre de marido,
volveréme al duque Arnesto,
y pediréle perdón,
y cuando me le conceda,
procuraré que interceda

con la condesa. Razón
será que a los bellos pies
de Diana humilde pida,
o que me quite la vida,
o lo que más cierto es,
me dé con Oberisel
la gloria que merecí.

FLORO: Quieres que nos vamos?

CASIMIRO: Sí.

Desata, Floro, el batel.

¿Que intenté con mano armada
venceros, viuda constante?
¡Mal haya, amén, el amante
que quiere mujer forzada!

*Vanse los dos. Salen RODRIGO, CHINCHI-
LLA*

RODRIGO: ¡Vive Dios! Si no mirara
el amor que me has tenido
y lo mucho que te debo,

loco, necio, sin juicio,
que te cortara las piernas,
y sirvieras de castigo
y venganza a mis agravios.

CHINCHILLA: ¿Así se pagan servicios?
¿Qué te he hecho?

RODRIGO: ¿Qué, cobarde?
Fingir, borracho o dormido,
cuando estoy con la condesa,
pendencias vanas.

CHINCHILLA: ¡Bonito
soy yo para fingimientos!
¿Qué había de hacer, si vino
al encuentro...?

RODRIGO: ¿Quién, borracho?
Dilo presto.

CHINCHILLA: Vino el vino,
o un gigante con cien pies,
doce brazos, mil colmillos,
seis gznates, diez quijadas,
un ojo, y tres colodrillos.
Díjome, "Suelta la capa."

Respondile yo, "Hace frío."

Diome una coza, y dejóme
la chinela en el ombligo;
eché mano...

RODRIGO: Calla, infame.

Habla dentro CASIMIRO

CASIMIRO: Adiós, palacios propicios,
donde vive mi condesa;
que antes de un mes Casimiro
será su dichoso dueño.

Boga, Floro.

RODRIGO: ¡Ay Dios! ¿Qué he oído?
¿Dijo "Casimiro"?

CHINCHILLA: Sí,
"Casimiro" la voz dijo.

RODRIGO: ¿Luego Casimiro ha estado
aquí?

CHINCHILLA: ¡Y cómo! Todo ha sido
encantamientos; que andan

estantiguas o estantiguos.

RODRIGO: Si vino a hablar la condesa,
llamado, el conde atrevido?

Mas pues aquí le aguardaba,
llamado por ella vino.

¡Oh altanera presunción!

¡Qué presto por vos imito

a Luzbel en el caer

de la altivez de mí mismo!

Sale la CONDESA a la ventana

CONDESA: (Voces oigo en el terrero,
y a esta ventana he sentido
hablando no sé yo a quién.

Desvelos y desatinos
engañan mi pensamiento.

¿Cómo, Amor, si os pintan niño
no dormís? ¿Cómo si viejo
tenéis de mozo los bríos?

RODRIGO: Alto, pensamientos locos,

hagamos cuenta que ha sido
lo que por mí pasó, un sueño;
de la memoria os despido.

La condesa es muy discreta;
Casimiro, el conde, digno
de su hermosura y estados.

Gócense años infinitos;
que a Clavela por hermosa,
por hija de un padre rico,
por discreta y principal,
desde aquí otra vez elijo.

¿Declararéle quien soy?

¡Ay cielos!

CONDESA: (Entre suspiros

oigo quejas lastimadas,
aunque el por qué no percibo.

¿Quién será? ¡Válgame el cielo!

CHINCHILLA: Escucha; que aun no se ha ido
tu dama de la ventana;

que la luz que por resquicios
de nubes nos da la luna,
nos muestra lejos y visos

de una dama en embrión.

RODRIGO: ¿Mi dama? ¿Qué dices?

CHINCHILLA: Digo

que habemos de amanecer
como besugos.

RODRIGO: Si es ido
el conde, ¿qué aguardará
la condesa?

CHINCHILLA: Un romadizo.

*Don RODRIGO se acerca a la ventána y
CHINCHILLA se arrima a una pared*

RODRIGO: ¡Ah de la reja!

CONDESA: ¿Quién llama?

RODRIGO: ¿Cómo habéis desconocido
a Otón, que ahora os hablaba?

¡Tanto rigor! ¡Tanto olvido!

CONDESA: (¿Otón aquí y a tal hora,
Aparte

y que hablaba en este sitio

con dama de mi palacio?

¿Qué es aquesto, celos míos?

Fingirme Clavela quiero.

Amor, ¿tan en los principios,
en celos vais dando de ojos?

¿Qué haré yo, pobre, que os sigo?)

RODRIGO: ¿Ya, señora, no me hablaís?

CONDESA: Si no os hablo, hermano mío,
es porque estoy enojada

con vos, y mucho he sentido

que con vuestras dilaciones

Pinabel pierda el sentido,

entre esperanzas dudosas.

Perdonadme si esto os digo,

que la vergüenza a la noche

licencia, Otón, ha pedido.

RODRIGO: ¡Cómo! ¿Pues sois vos Clavela!

CONDESA: Clavela soy, que he venido
a entretener esperanzas

de quien padece el martirio

de un año de noviciado,

sin ser en amor novicio.

Aquí a Pinabel espero.

RODRIGO: ¿Queréisle mucho?

CONDESA: Infinito;

que es muy galán Pinabel,
muy discreto y bien nacido.

RODRIGO: Alto, pues; si eso es así,
desde aqñeste lugar mismo
me parto, por desdichado,
al desierto del olvido;

mas porque sepáis primero
las desgracias que han seguido
mi suerte desde la cuna,
--¡Ojalá que hubiera sido
mi sepulcro juntamente!--
yo no soy, verdad os digo,
no soy vuestro hermano Otón.

CONDESA: ¿Cómo? ¿Estáis en vos?

RODRIGO: Perdido
estoy; mas esto es verdad.

Madrid, corte de Felipo,
Clavela, es mi patria ingrata,
y mi nombre don Rodrigo

Girón: de reyes desciendo,
no obstante que el cielo quiso
hacerme tan desdichado,
señora, cuan bien nacido.
Tengo un hermano mayor
con un mayorazgo rico,
de quien cobraba alimentos
muy cortos y muy reñidos.
Tratábame mal mi hermano;
sufríle mil desatinos,
por ser menor y más pobre;
mas como no es infinito
el sufrimiento en un hombre,
acabóse en fin el mío.
Descompúsose una vez
demasiado; reñimos,
sin ser bastantes terceros;
con que dejándole herido,
fue fuerza salir de España,
pobre y desapercebido.
Vine a Flandes confiado
en cartas de deudos míos

para el archiduque Alberto.
Llegué a Momblán de camino.
Tuvístesme por Otón,
que si me es tan parecido
en desdichas como en cuerpo,
poco su fortuna envidio.
Porfiastes de manera,
Liberio que era su hijo
y vos que era vuestro hermano,
que obligado y persuadido
de porfías y pobrezas,
la necesidad me hizo
contemporizar con todos.
Yo, Clavela, os he querido
de modo, que he dilatado
la boda, como habéis visto,
de Pinabel, siendo yo
aquel caballero mismo
que fingí esperar de España.
Bien que intentos atrevidos
me prometieron quimeras,
que por serlo, no las digo.

Pero pues a Pinabel
amáis, como me habeis dicho,
y yo que soy caballero,
engañaros no permito,
a España quiero volverme;
que si en ella y aquí he sido
desdichado, mal por mal,
moriré entre mis amigos.
Adiós, mi fingida hermana.

CONDESA: Esperad. (¡Cielos benignos!

Aparte

Detenédmele.) No os vais;
que ya seáis don Rodrigo,
como decís, o ya Otón,
con juramento os afirmo
de no amar a Pinabel;
antes si sé y averiguo
que no soy hermana vuestra
os daré de esposo mío
mano y palabra, a pesar
de desdichas y peligros.

RODRIGO: Clavela, ¿será esto cierto!

CONDESA: Como el volar sucesivo
el tiempo; como el correr
para su centro los ríos.

RODRIGO: Pues, querida esposa, adiós.

CONDESA: Adiós, esposo querido.

Fingid que sois vos mi hermano.

RODRIGO: Sólo en amaros no finjo.

CONDESA: (Porque no se me ausentase,

Aparte

quimeras le he prometido,

que no cumplirá Clavela,

si yo puedo.)

RODRIGO: Dueño mío,

adiós.

CONDESA: Adiós, mi español.

(Amor, de este laberinto Aparte

me sacad.)

RODRIGO: Chinchilla, vamos.

CHINCHILLA: Por Dios, que me había dor-
mido.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen la CONDESA y CLAVELA

CLAVELA: Mucho madrugas.

CONDESA: Clavela,
tengo bastante ocasión.

CLAVELA: (Si es la que el alma recela,
Aparte
cuidados serán de Otón,
que a mí también me desvela.)

CONDESA: ¿Qué dices?

CLAVELA: Que Pinabel,
en cuya ausencia suspiro,

es con mi sueño crüel,
como tú con Casimiro.

CONDESA: Hoy te has de casar con él.

CLAVELA: ¿Cómo, señora?

CONDESA: No es justo

que Otón haga tanto daño
a la esperanza y al gusto,
que quiera que aguarde un año,
conociendo tú el disgusto
que causa su dilación.

Esto pide Pinabel.

CLAVELA: Sí; mas mira...

CONDESA: No es razón

que cuando tú seas Raquel,
quiera ser Labán Otón,
de un Jacob enamorado;
pues ni hay Lía ni paciencia,
ni es Otón suegro pesado;
aunque poca diferencia
irá de un suegro a un cuñado.
Yo he conocido el pesar
que a ti también te atormenta,

y acabas de confesar
y, pues corre por mi cuenta,
hoy te le pienso aliviar.

CLAVELA: Sí; mas ¿la palabra dada
a don Rodrigo Girón...?

CONDESA: ¡Oh, lo que pecas de honrada!
En viniendo, dirá Otón
que fuiste por mí forzada
a casarte. ¿Dónde vas?

CLAVELA: Voy a traerte los guantes.

CONDESA: Hoy la mano le darás.

CLAVELA: (Daréla a la muerte antes.
Clavela, a morir. No hay más.

Vase CLAVELA

CONDESA: ¡Que no ha de bastar valor
para resistir desvelos!
Pero entre espigas de celos,
¿Cuándo sosegó el Amor?
Quiero dormir, y es peor

pues si goza mi cuidado,
durmiendo, el sabroso estado
que intenta mi atrevimiento,
despierto, y da más tormento
el bien después de soñado.

Que con fuerza tan extraña
¿qué español me avergüence?

Pero ¿qué no rinde y vence
la gala y valor de España?

Si con una ilustre hazaña
no volvéis por vos, honor,
decidle a vuestro temor
que os ha un español rendido;
pues es honra del vencido
la opinión del vencedor.

¿No es noble el español? Sí;
mas--¡ay esperanza necia!--
quien a un príncipe desprecia,
¿se rinde a un vasallo así!

Yo me acuerdo que leí
que con ánimo constante,
a un leon, a un elefante

rinde un pequeño animal.
Venza, pues, con honra igual
a un loco conde mi amante.

Sale don RODRIGO

RODRIGO: A que firme las libranzas
que me mandó vueexcelencia,
he venido a su presencia.

(¡Ay difuntas esperanzas!) Aparte

CONDESA: ¿Libranzas traéis Otón?

(¡Ojalá en ellas hallara Aparte

libranza yo, que librara
mi afligido corazón!)

¿Cómo venís tan temprano?

RODRIGO: Porque me han dicho, señora,
que por imitar la aurora,
al sol ganastes de mano,
levantándoos antes que él.

CONDESA: Otón, no puedo dormir.

RODRIGO: Tenéis mucho que advertir;

que el regir a Oberisel,
no da cuidado pequeño.

(Un mal tenemos los dos.) Aparte

CONDESA: Dadme algún remedio vos,
si le sabéis, para el sueño.

RODRIGO: No le hay para esas ojeras,
si no es que le dén los cielos,
porque no dan sueño a celos
jarabes de adormideras.

CONDESA: ¿Celos yo?

RODRIGO: Quien tiene amor,
mal sin celos vivirá.

Como el conde ausente está,
venturoso sucesor
del duque, harán lo que suelen
los celos, que en los amores
pintan con falsos colores
pensamientos que desvelen
la mas segura lealtad;
porque celos entre amantes
son como los caminantes,
que pocos cuentan verdad.

CONDESA: (Clavela le habrá contado
Aparte

que amo al conde Casimiro.)

Otón, según lo que miro,
vos estáis escarmentado
del mal de los celos fiero.

RODRIGO: ¿Yo celos, señora mía?

CONDESA: ¿Qué sirve callar de día
lo que de noche el terrero
sabe, y vos decía en él?

RODRIGO: ¿Celos yo? No sé hasta aquí
de quien los tenga.

CONDESA: Yo sí.

RODRIGO: ¿Vos? ¿De quién?

CONDESA: De Pinabel.

RODRIGO: ¿No es amante de mi herma-
na?

¿Qué celos me puede dar?

CONDESA: No lleguemos a apurar
más verdades; que no es vana
aquesta imaginación,
aunque viváis con cautela.

RODRIGO: (¿Mas qué le ha dicho Clavela
Aparte

que no soy su hermano Otón?)

CONDESA: Mañana se han de casar
ella y Pinabel, sin falta.

RODRIGO: ¿Y si mi palabra falta?

CONDESA: Por mí, no importa faltar
una palabra.

RODRIGO: Hela dado
a don Rodrigo Girón,
caballero de opinión,
y a quien estoy obligado.

CONDESA: Vos, ¿no gustáis que se haga,
Otón, este casamiento?

RODRIGO: Quitando este impedimento,
justo es que se satisfaga
a Pinabel, que es mi amigo.

CONDESA: Pues si gustáis, Otón, vos
de que se casen los dos,
también gusta don Rodrigo.

Sale CLÁVELA, con unos guantes en un

salvilla

CLAVELA: (¡Tan de mañana mi hermano
Aparte
con la condesa!)

CONDESA: ¿Qué es eso?

CLAVELA: Los guantes son. (Pierdo el se-
so.) Aparte

CONDESA: Salte allá fuera.

CLAVELA: (¡Qué en vano
entre mis sospechas temo
¡Ay ciego y desnudo dios!)

*Da los guantes a la CONDESA y se retira. La
CONDESA
se calza los guantes*

CONDESA: Mucho me espanto de vos
Otón, que siendo el extremo
de cortesía, no hayáis

en los ojos de una dama,
que sé yo que os quiere y ama,
visto lo que si estimáis,
os ha de estar mas a cuento
que el amor que pena os da.

RODRIGO: Señora, de ayer acá
me ha mandado un pensamiento
que no dé crédito a ojos.

CONDESA: ¿Por qué?

RODRIGO: Porque prometieron
lo que después no cumplieron,
dando principios a enojos,
y mentir quien ama es mengua.

CONDESA: Pues vos ¿cómo habéis sabido
que esos ojos han mentido?

RODRIGO: Porque lo dijo la lengua.

CONDESA: No tengo por discreción
dr a la lengua más fe
que a los ojos, pues se ve
por ellos el corazón.

Vos tenéis poca experiencia
en ciencia de ojos.

RODRIGO: Sí tengo,
gran señora, pues que vengo
a saber por experiencia
lo que al conde Casimiro
amáis.

CONDESA: ¿En mis ojos?

RODRIGO: Sí,
en ellos su dicha vi.

(Y en ellos mi muerte miro.) Aparte

CONDESA: Alto; pues vos lo habéis visto,
al conde debo de amar.

(No quiero más declarar Aparte
el ciego amor que resisto.)

¿No es galán el conde, Otón?

RODRIGO: Pues a vuestro amor se iguala,
¿qué más dicha? ¿Qué más gala?

CONDESA: Mudemos conversación.
No paséis más adelante.

RODRIGO: (¿Qué querrá decir por esto
Aparte

la condesa?)

CONDESA: No me he puesto

jamás tan estrecho guante.

RODRIGO: (¡En qué nueva confusión,
Aparte
alma, volvemos a entrar!)

CONDESA: No me le puedo calzar
calzádmele vos, Otón.

Turbado

RODRIGO: ¿Yo, señora? Aqueso no;
que os burláis.

CONDESA: Acabad, necio,
que es el cordobán muy recio,
y no tengo fuerzas yo.

RODRIGO: Pues tal dicha he merecido,
gozarla y serviros quiero.

*Llega turbado, y se le cae la capa y el
sombrero*

CONDESA: Alzad del suelo el sombrero.
La capa se os ha caído.

¿Turbaisos?

RODRIGO: Es Amor niño,
y túrbase.

CONDESA: ¿Qué decís?

RODRIGO: Que nunca, si lo advertís,
la turbación tuvo aliño.

CONDESA: ¿Pues de qué os turbáis?

RODRIGO: ¿Es poco tocar la mano, señora,
al sol, la luna al aurora?

Si nieve entre llamas toco,
¿no es justa mi turbación?

CONDESA: Acabad ya, lisonjero.

RODRIGO: Calzaros quiero primero
el dedo del corazón.

CONDESA: ¿Para qué?

RODRIGO: Para obligarle
con la lealtad que le enseñó.

CONDESA: Si el corazón tiene dueño,
¿se qué sirve sobornarle?

RODRIGO: ¡Dueño!

CONDESA: El conde Casimiro.

RODRIGO: No cabe el guante, señora.

(¡Ay de mí!) Aparte

CONDESA: Tirad agora.

RODRIGO: Romperéle si le tiro...

(Al paso que mi esperanza: Aparte

que aunque la barra tiró

canto pudo, la rompió

mi mortal desconfianza.)

CONDESA: En fin, ¿me viene pequeño
el guante?

RODRIGO: Cual mi ventura.

(Que aunque igualarme procura Aparte

con el valor de su dueño,

es imposible alcanzarle.)

CONDESA: ¿Quién hay, Otón, que no sepa,
que para que un guante quepa,

no hay cosa como picarle?

RODRIGO: Puede venir tan pequeño,

que el picarle sea excusado.

CONDESA: Dadme vos que esté picado;

que vendrá sin duda al dueño.

RODRIGO: (¡Cielos! ¿Es favorecerme

Aparte

esto, o burlarse? No sé.

¿Si necio presumiré

que todo aquesto es quererme?

Pero si con la condesa

habló el venturoso conde,

si con él se corresponde,

si ella misma lo confiesa,

¿hay claridad más oscura?

¿Hay oscuridad más clara?)

CONDESA: (Amor que así se declara,

Aparte

ya toca en desenvoltura.

Yo volveré sobre mí.)

Otón, si el conde viniera

tan picado, que estuviera

rendido y sujeto aquí,

alcanzara por amante

lo que por soldado no.

RODRIGO: (¡Ah cielos! Ya declaró

Aparte

la enigma oscura del guaute.
Volvamos, loca porfía,
a casa la libertad;
que es lo demás necesidad.)

Sale CLAVELA

CLAVELA: Albricias, señora mía.

CONDESA: ¿De qué? ¿Ha venido mi hermano?

CLAVELA: No; mas tu esposo ha venido.

CONDESA: ¿Cómo? ¿Pues ha merecido ese título hombre humano, sino el duque? Loca, necia...

CLAVELA: El ver que le quieres bien,
y que es público también
que como a esposa te precia,
y a darte la mano viene,
me ha obligado a anticipar
el nombre que le has de dar,
y él por tan seguro tiene.

CONDESA: ¿Hay hombre más atrevido?

RODRIGO: Si ha dicho vuestra excelencia
que el venir a su presencia
enamorado y rendido
le ha de ser de más provecho
que armado con gente tanta,
¿por qué le culpa y se espanta?

Lo que deseaba ha hecho.

CONDESA: No todo lo que se dice
se desea siempre, Otón;
de la lengua al corazón
hay mil leguas. Contradice
la lengua al alma mil veces.
Vamos; que el conde verá,
si persuadido a eso está,
en los ojos, que son jueces
del pensamiento, el rigor
de una enojada mujer
y a no estar en mi poder,
y deslustrar mi valor,
 viniendo de paz, prendere,
yo le hiciera castigar.

RODRIGO: (¿Quién os sabrá contentar,
Aparte
mujeres?)

CONDESA: Yo voy a verle
contra mi gusto. Esos guantes,
porque del mío lo son,
picad entre tanto, Otón,
y no os asombren gigantes,
pues torres la industria escala,
sin reparar en su altura;
que en mano de la ventura
un pastor a un rey iguala.

Vase la CONDESA

RODRIGO: (¿Otra vez volvéis, engaños,
a despertar mi sosiego?
¿Otra vez sopláis el fuego
que apagaron desengaños?
Eso no; ya el conde vino
anoche, y le prometió

ser su esposo; oílo yo
lo demás es desatino.

Palabra me dio Clavela

de ser mi esposa. ¿Qué aguardo?

CLAVELA: (Amor, ¿por qué me acobardo?

Aparte

¿Declararéme?)

RODRIGO: (¿Hablaréla?)

Aparte

Mi bien...

CLAVELA: ¿Mi bien?

Sale la CONDESA

CONDESA: ¿Qué hacéis
los dos aquí?

A CLAVELA

Ven conmigo.

CLAVELA: (¿Qué es esto, Amor enemigo?

Aparte

¿Siempre estorbos me ponéis
para declarar mi llama)

¿Qué dices?

CONDESA: Conmigo ven,

y esta noche te preven
a dar la mano a quien te ama.

RODRIGO: Señora...

CONDESA: Aquéste es mi gusto,
y hoy se ha de ejecutar.

RODRIGO: ¿Pues será justo quebrar...?

CONDESA: Ya sea justo, ya sea injusto,
esta noche te dispon
a dar esposo a tu fama;
que ya yo he buscado dama
a don Rodrigo Girón.

Vanse la CONDESA y CLAVELA

RODRIGO: "¿Que ya yo he buscado dama,

a don Rodrigo Girón?"
Pues ¿quién le dio comisión,
si no conoce a quien ama
don Rodrigo, en prevenir
dama para él? Mas Clavela
mis secretos le revela,
aunque procura fingir.
Siendo don Rodrigo Otón,
si la condesa me ama,
guardarése para dama
de don Rodrigo Girón.
Pero ¿cómo puede ser,
si Casimiro ha llegado,
por la condesa avisado,
a quien ya llama mujer,
y una noche en el terrero,
junto a la lengua del mar,
le oí yo mismo alabar;
arrogante y lisonjero,
que le amaba la condesa?
Ella misma ha confesado
que toda el alma le ha dado;

y pues ella lo confiesa,
no pasemos adelante,
engañosas conjeturas.
Mas--¡cielos!--¿las picaduras
y la pequeñez del guante...?
No es afición, sino es sueño.
¿Hay más confuso cuidado?
"Dadme vos que esté picado;
que yo haré que venga al dueño."
Todas estas muestras son
que se guarda, porque me ama,
la condesa para dama
de don Rodrigo Girón.

Salen PINABEL y CHINCHILLA

PINABEL: Pues, Otón, ¿vos aquí tan melancólico
cuando todo Momblán se regocija
de ver a Casimiro tan gallardo,
que todo el mundo le echa bendiciones?
Salid a recibir a quien ha sido,
si ahora vencedor, vuestro vencido.

RODRIGO: No sé qué pesadumbres interiores

me tienen, Pinabel, desazonado para cosas de gusto. El conde venga con bien, para que goce a la condesa.

PINABEL: Según vos lo decís, mostráis que os pesa.

RODRIGO: ¿A mí pesar? ¿Por qué? ¿Ya han ya llegado a palacio?

PINABEL: Ya están en la gran sala, cercados de parientes y de amigos.

Salióle a recibir a la escalera Diana, entre la nieve de sus tocas deshojando claveles la vergüenza, que a verle se asomó por sus mejillas.

Hincóse el conde de rodillas luego, diciéndole turbado, "Gran señora, por imitar a Dios de todos modos, si soberbio y armado me humillaste humilde y desarmado premio aguardo. Por preso vuestro vengo; que intereso

ser vuestro esposo ya por vuestro preso."
Ella entónces, no sé si desdeñosa,
--propiedad de mujer cuando más quiere--
le dio la mano y dijo, "No permita
vuestra excelencia, cuando está en su casa,
hincar rodillas a quien mandar puede."
Y no dando respuesta alas razones
tocantes a su amor y alegres bodas,
alzando al conde, de mirarla ufano,
le dio lugar para besar su mano.

RODRIGO: ¿La mano le besó?

PINABEL: Y al lado suyo
se entraron en la sala, donde un pliego
abrió del duque Arnesto, en que le ruega
se case con el conde Casimiro,
diciéndole que escribe al mismo punto
que se pone a caballo, porque quiere
venir a ser padrino de estas bodas.

RODRIGO: (¡Ea, juntaos, desdichas; venid
todas!) Aparte

En fin, ¿que la condesa muestra gusto
con el dichoso conde?

PINABEL: ¿Pues no es justo?

RODRIGO: (¡Ay vanas esperanzas malogradas!) Aparte

PINABEL: Aunque ocupada, Otón, con tantas cosas

mira con tal cuidado por las mías, que acaba de advertirme que esta noche quiere que dé la mano a vuestra hermana responda o no responda don Rodrigo;

que gusta que a sus bodas se anticipen las mías, y a pesar de la mudanza, la posesión destierre a la esperanza.

Y aunque quererlo la condesa sobra estimo de manera vuestro gusto, que no quiero sin él ninguna dicha; puesto que ya debéis de estar cansado de dilaciones de este don Rodrigo, y el sí le concedáis por ser su amigo.

RODRIGO: Pinabel, no ha dos horas que una carta

de don Rodrigo tuve, en que me avisa que en Momblán hade estar esta semana.

Mirad, ¿cómo os podré dar a mi hermana?

PINABEL: Fácilmente podéis, si la condesa me desposa esta noche; que forzado ni podéis hacer más, ni estáis culpado.

RODRIGO: La condesa, en sabiendo que está en Flandes

don Rodrigo Girón no le hará agravio ni a mí me querrá dar tal pesadumbre.

PINABEL: Siempre vos la mostráis en cosas mías,

y si por ser yo hermano del difunto os parece que sea yo heredero del odio que le habéis, Otón, tenido podrá ser que lo sea en su venganza.

RODRIGO: Habladme, Pinabel, con mas templanza.

PINABEL: ¿Qué templanza merecen vuestros humos?

¿Vos entendéis que yo no los conozco?

Ya sé que os prometéis sin fundamento condados que soñáis, y que perdida está por vuestro talle alguna dama,

con quien haciendo al conde competencia
pasáis de la merced a la excelencia.
También sé que el negarme a vuestra hermana
es porque imagináis no ser iguales
mis prendas alas vuestras; que un cuñado
de un duque, potentado de Alemania
--como vos soñáis ser--querréis que sea
algún emperador, y aun será poco.
Quedaos para arrogante, necio y loco
que ni Clavela es digna de llamarse
mi esposa, ni de vos hay que hacer caso
que sois loco de atar.

Vase PINABEL

CHINCHILLA: Deten el paso,
liebre, conejo, y triunfe la espadilla.
Sabrás quién es el capitán Chinchilla.
RODRIGO: Déjale; que padece el mismo
daño
que yo. De celos muero, celos tiene

no me espanto que diga disparates.

CHINCHILLA: Si no se va, por Dios que hay carambola.

Cambrones lleva bajo de la cola.

RODRIGO: Voy a ver a Clavela; que si el conde

viene a ser, como dicen, de Diana amado dueño, con Clavela pienso el tropel aplacar de mis desdichas, pues todas mis venturas son tan cortas.

CHINCHILLA: Cuando hay falta de pan, buenas son tortas.

Vanse don RODRIGO y CHINCHILLA. Salen CASIMIRO, FLORO y PINABEL

PINABEL: Díerale yo el bien venido a vuexcelencia, señor, si hubiera para bien sido, y no impidiera su amor

un loco desvanecido.
Vuxcelencia cree que viene
a gozar en esta empresa
dichas que por ciertas tiene.
Pues si ama a la condesa,
para gozarla conviene
dar primero muerte a Otón,
que es pesado impedimento
de su justa posesión.

CASIMIRO: ¿Cómo así?

PINABEL: Trae pensamiento.
que a esto llega su ambición,
de ser en Oberisel
conde.

CASIMIRO: ¿Otón?

PINABEL: Otón, que loco
sitial previene y dosel,
y todo lo juzga poco,
no siendo debajo de él
esposo de la condesa.

CASIMIRO: ¿Pues tiene ella de él memoria!

PINABEL: Como en la pasada empresa

de vos alcanzó vitoria,
no le castiga, ni aun pesa
a Diana de que intente
lo que imposible ha de ser,
y más teniéndos presente.

CASIMIRO: ¡Ah mudanzas de mujer,
ya en menguante, ya en creciente!

¿Que Otón loco y arrogante,
osa hacerme competencia?

¡Él de la condesa amante!

No hay sufrimiento y paciencia
para agravio semejante.

Matarle será mejor.

FLORO: Advierte lo que hacer quieres.

CASIMIRO: Esto conviene a mi honor.

¡Ah liviandad de mujeres!

¡Siempre escogéis lo peor!

PINABEL: (Así la arrogancia vana,

Aparte

Otón, sé yo castigar

de una locura liviana.

La vida te ha de costar

no haberme dado a tu hermana.)

Vanse los tres. Sale la CONDESA

CONDESA: ¿Es posible, rapaz ciego y desnudo,
cuando el seso por un espanol pierdo
que a mis locuras se resista cuerdo,
y a mis palabras contradiga mudo?
Declarado se ha el alma cuanto pudo
permitir la vergüenza, sin acuerdo.
Si es español y amante, ¿cómo es lerdo?
Si Amor habla por señas, cómo es mudo?
Aquí está el conde, el duque viene a verme,
que quiere darme esposo aborrecido,
y de pensarlo la esperanza muere.
Decidle, Amor, que acabe de entenderme
pero no se dará por entendido;
que es peor sordo el que entender no quiere.

Sale don RODRIGO

RODRIGO: Dícenme que vuexcelencia
me llama.

CONDESA: ¿Yo? ¿Para qué?

RODRIGO: ¿No? Luego yo me engaÑé.
Voyme con vuestra licencia.

CONDESA: Ya que estáis aquí, no os vais.
¿Cómo, si el conde ha venido,
y la causa habéis sabido,
el parabién no me dais?

RODRIGO: Sea, señora, para bien.

CONDESA: ¡Qué breve me le habéis dado!
¿Habéis los guantes picado?

RODRIGO: Si ya el conde os quiere bien,
a quien sirvieron de enigma,
¿para qué los guantes son?

CONDESA: Decís bien; tenéis razón.
Es vuestro ingenio de estima.

(Amor, declararme quiero Aparte
mas la lengua no osará,
porque el temor le pondrá

freno. A la industria prefiero,
que es madre de la Ocasión.)

RODRIGO: (¡Que así esta mujer pretenda
Aparte
burlarme, y que no lo entienda
mi dudosa confusión!)

CONDESA: (Pintaba cierto discreto,
Aparte
retratando a la vergüenza,
un billete que comienza
a descubrir su secreto;
y yo para descubrir
este secreto crüel,
me he de valer de un papel.)
Traed recado de escribir.

RODRIGO: Voy por él.

Vase

CONDESA: ¿No es gran crueldad
callar el enfermo triste,

si en el principio consiste
la mayor dificultad?
Ánimo imposibles venza;
que si es el comenzar
la mitad del negociar,
lo más hace el que comienza.

Saca don RODRIGO recado de escribir

RODRIGO: Aquí está lo necesario
para escribir.

CONDESA: La opinión
que de vuestra discreción
tuvo siempre, secretario,
me obliga a fiar de vos
cosas de honor y recato,
y lo que aquí veis que trato,
querría que entre los dos
se quedase.

RODRIGO: Por mi parte
seguro el secreto está.

CONDESA: El conde ha venido ya,
el duque a casarme parte.

El deseo y la ocasión
ahora ofrecen lugar,
que después han de estorbar
mi hermano y la dilación.

El asegurarla es bien.

¿No os parece?

RODRIGO: El fin espero.

CONDESA: Un papel escribir quiero
por vos, a quien quiero bien.

RODRIGO: ¿No es al conde?

CONDESA: Es, y no es.

RODRIGO: ¿Es y no es, gran señora?

CONDESA: Sí, porque no es conde ahora;
pero serálo después.

RODRIGO: No entiendo esa enigma yo.

CONDESA: El papel os la dirá.

RODRIGO: (¡Cielos! esto ¿qué será?)

Aparte

CONDESA: Comenzad.

RODRIGO: Si os escribió
vuestro hermano, el duque Arnesto
que por esposo admitáis
al conde, ¿de qué dudáis?

CONDESA: (¡Que aun no me entienda con
esto! Aparte
¿Hay desventura mayor?)

RODRIGO: "Es y no es." ¡Qué contrario
modo de hablar!

CONDESA: Secretario,
no es para bobos amor.
Poco despuntáis de agudo.

RODRIGO: Indignos merecimientos
acobardan pensamientos.

¡Dichoso el conde, que pudo
llamarse, desde que vino,
esposo vuestro!

CONDESA: ¿Eslo ya?

RODRIGO: Poco menos.

CONDESA: De aquí allá
hay mil leguas de camino.

RODRIGO: ¿Luego no le amáis?

RODRIGO: (¡Oh, nunca yo hubiera hablado!) Aparte

Suplícoos me perdonéis.

CONDESA: Escribid; que bien sabéis lo que ha que estáis perdonado, y en lo que os estimo y precio.

(Hombre que ha dudado ya Aparte que le quiero bien, será si me pierde, un grande necio.)

RODRIGO: (Entre miedos y esperanzas,

Aparte

me traéis, Amor sutil,
puesta mi vida en el fil
de estas dudosas balanzas.

¿Qué pensáis hacer de mí?

¿Tuvo más dudas Teseo
en su intrincado rodeo?)

CONDESA: ¿No escribís?

RODRIGO: Señora, sí.

Dictando

CONDESA: Mi bien...
RODRIGO: ¡Señora!
CONDESA: No os llamo,
sino digo que escribáis
"Mi bien."
Escribiendo

RODRIGO: Tierna comenzáis.
CONDESA: Con tan grande extremo os
amo...
RODRIGO: Os amo.
CONDESA: (¿A quién amáis vos?)
Aparte
RODRIGO: "Os amo" He puesto, señora.
CONDESA: ¿A mí?
RODRIGO: Yo repito ahora
lo que he escrito; aunque, por Dios
que si hacéis los ojos jueces,
ellos dirán mi delito.
CONDESA: Poned "os amo."

RODRIGO: Ya he escrito...

CONDESA: Os amo yo.

RODRIGO: ¿Tantas veces?

CONDESA: ¿Qué se os da a vos que sean tantas?

RODRIGO: (Entre esperanzas, desvelo.

Aparte

Tantas dudas, tantos celos,
ciego Amor, ¿por qué me encantas?)

CONDESA: Que por ver si me amáis vos,
dando a mis cuidados fin,
a las doce en el jardín
seré vuestra esposa. Adiós.

RODRIGO: Escrito está ya.

CONDESA: El tercero,
Otón, habéis vos de ser.

RODRIGO: ¡Dichoso quien merecer
pudo tanto, que es primero!

CONDESA: Cerralde. Bien está así.
Y daréisele... ¿Entendéis...?

RODRIGO: Sí, señora.

CONDESA: A quien sabéis

que me quiere mas que a sí.

Vase la CONDESA

RODRIGO: "¡A quien sabéis que me quiere

más que a sí!" Luego soy yo.

Pero ¿por qué me escribio,
si a mí en su amor me prefiere?

¿No me hablara, si es que muere
del mal que muero? Más venza

un papel, pues que comienza
a ser de mi amor la suma,

porque en los nobles, la pluma
es lengua de la vergüenza.

Pero no será--¡ay de mí!--

sino el conde a quien escribe;

que si por amarla vive,
amará la más que a sí.

Pero ¿cómo será así?

Si aguarda al duque su hermano,

sólo para dar la mano
al conde--¡cielo! ¿A qué fin,
llamándole a su jardín,
quiere hacer su amor liviano?
Por ella el conde ha venido;
que le quiere ha confesado;
y querrá, pues fue el llamado,
hacerle hoy el escogido.

Pero si fuera querido,
preguntada, respondiera
que le amaba, y no dijera
aquel es y no es dudoso.
¿Hay mar mas tempestüoso
con mas confusa ribera?

No es posible, ni imagino,
que a Casimiro escrito ha,
pues dijo que de aquí allá
hay mil leguas de camino.
Pues ¿qué? ¿Diré que soy dino
de gozarla yo? ¡Ay de mí!
Que aquí la sentencia oí
de mi arrogante interés.

Decidme, cielos, ¿quién es
quien la quiere más que a sí?

*Salen CASIMIRO Y FLORO, hablando con el
conde
aparte*

FLORO: Aquí está Otón; pero mira
primero lo que has de hablar.

CASIMIRO: No hay que advertir ni mirar;
que no tiene ojos la ira.

RODRIGO: (El conde ha venido aquí.
Aparte

Decid, oscuro papel,
¿sois para mí o para él?
¿Quién la quiere más que a sí?

CASIMIRO: Otón...

RODRIGO: Gran señor...

CASIMIRO: En vos
sé yo que tuve un testigo,
cierta noche que conmigo

fue piadoso el ciego dios,
de la mucha voluntad
con que, estando ausente yo,
a mi amor favoreció
la condesa.

RODRIGO: Así es verdad.

CASIMIRO: ¿Ella no os lo dijo?

RODRIGO: Sí.

CASIMIRO: También habréis visto, Otón,
de mi larqa pretensión
que la quiero más que a mí.

RODRIGO: Si más que a vos la queréis,
aunque mi mal solicito,
a vos viene el sobre escrito...

CASIMIRO: Esto mejor lo sabéis
que yo, pues que lo confiesa
Diana.

RODRIGO: Digo que sí.
Quien la quiere más que a sí,
sois vos, y ansí la condesa
os escribe este papel.

CASIMIRO: ¿Para mí?

RODRIGO: ¡Pluguiera a Dios
que no fuera para vos!

CASIMIRO: (¡Engañóme Pinabel!)

Aparte

¿Que es de la condesa?

RODRIGO: Sí.

Mandóme que le escribiese,

y que yo mismo le diese

a quien la ama mas que a sí.

Y pues vos venís por él,

y esas señas me habéis dado,

vos, conde, sois el llamado.

Gozad dichoso el papel.

Dásele y se aparta del conde

CASIMIRO

CASIMIRO: (¿Qué oís, confusos deseos?)

Aparte

RODRIGO: (¡Ay de quien se ha de matar,

Aparte

si el conde llega a gozar
la gloria de sus empleos!)

CASIMIRO: Floro, mira si estoy loco.

FLORO: De cólera y sin razón
lo estabas poco ha.

CASIMIRO: Perdón
le pido. En tiempo tan poco,
¿tal premio mi amor recibe?

FLORO: Aun no has llegado a saber
lo que dice.

CASIMIRO: Quiero ver
lo que mi condesa escribe.

Lee para sí

RODRIGO: (Si no sois, Clavela, vos
Aparte
saludable contrayerba
contra la ponzoña acerba
de estas desdichas, por Dios
que muero infelicemente.)

Acabando de leer

CASIMIRO: "Dando a mis cusdados fin,
a las doce en el jardín,
seré vuestra esposa." Miente
quien dice que la mujer
es liviana, es inconstante;
que es bronce, mármol, diamante,
y más firme viene a ser.
Diana es la discreción,
la hermosura, la nobleza,
la gracia y la gentileza,
el donaire, la sazón...

FLORO: Señor, basta.

CASIMIRO: Otón leal,
mi estado es tuyo desde hoy.
Tú eres el conde, yo soy
mucho menos que tu igual.
Dame los brazos, los pies...
Pero todo aquesto es poco.

Dame...

FLORO: Señor, ¿estás loco?

CASIMIRO: ¿No lo he de estar? ¿No lo ves?

Llegó mi ventura al fin.

Ven; que el Amor me da priesa.

FLORO: ¿Dónde?

CASIMIRO: A ver a mi condesa,
que me aguarda en el jardín.

Vanse CASIMIRO y FLORO

RODRIGO: ¡Cielos! ¿A ver su condesa
que le aguarda en el jardín?

¿Que la ha de gozar, en fin,
aunque la adoro, y me pesa?

¿Que tanto bien interesa
por la letra de un papel,
que leyó su dicha en él,
estando mi suerte en duda,
nunca el conde a verla acuda,
si el conde no es dueño de él.

Si viene el duque mañana,

¿qué prisa, cielos, es ésta?
Necio he sido; no hay respuesta,
porque a no querer Diana
que yo la ocasión gozara,
el papel para mí fuera.
Por su mano le escribiera,
y con otro le enviara.
El conde ha de ir a las doce,
como el papel lo advirtió.
Anticiparéme yo
luego, porque no la goce,
o moriré si me engaño
en saber que soy querido.
Amor, ya que necio he sido,
suelde la industria este daño.

Sale CHINCHILLA

CHINCHILLA: En todo este santo día
no te he visto.

RODRIGO: Ni podrás

ahora.

CHINCHILLA: Pues ¿dónde vas?

RODRIGO: ¡Ayuda, presteza mía!

Aguárdame en el terrero.

CHINCHILLA: tres días ha que no cenas ni comes.

RODRIGO: Manjar de penas es sólo el que busco y quiero.

CHINCHILLA: ¡Anda bueno el dios machín!

¿Dónde vas con tanta priesa?

RODRIGO: Voy...

CHINCHILLA: ¿Vas?

RODRIGO: A ver mi condesa que me aguarda en el jardín.

Vase don RODRIGO

CHINCHILLA: El se fue a mudar vestido, y yo me habré de quedar, como suelo, a repasar

cuentas de lo que he bebido.
¡Válgate el diablo, el terrero,
lo que das en perseguirme!
Pues ¿si tengo de dormirme?
Pues si chero, pues no chero.

*Vase CHINCHILLA. Salen CASIMIRO y
FLORO*

CASIMIRO: ¿No son las doce?

FLORO: ¿Las cuántas?

Ni las diez.

CASIMIRO: Quien ama, cuente
horas, Amor, de relojes
que cuestan caro si mienten.
Sabes tú que la condesa,
con ver que su hermano viene
con tanta priesa a casarme,
un día esperar no puede,
y que esta noche me manda
la venga a ver. ¿Y tú quieres

que aguarde la flema yo
de un reloj, porque se hiele,
y por no dar, no reciba
mi amor el premio que tiene
tan cierto? La diligencia
siempre gana y nunca pierde.

FLORO: En fin, ¿a entrar te dispones?

CASIMIRO: A entrar me dispongo. Véte.

FLORO: ¿Quieres que te aguarde aquí?

CASIMIRO: No, porque si pasa gente,
darás lugar a malicias.

FLORO: Guíete el Amor, si puede
un ciego guiar a otro.

*Vase FLORO. Sale CHINCHILLA, que habla
aparte al
salir*

CHINCHILLA: (Mi señor sin duda es éste.)
Aparte

CASIMIRO: Allí está la cerca baja.

Trepando por los laureles
que están pegados al muro,
podré saltar fácilmente.

*Habla con recato al conde CASIMIRO desde
lejos*

CHINCHILLA: ¡Ah, señor! ¿No me conoces?

Sin oír a CHINCHILLA

CASIMIRO: Noche propicia y alegre,
no salga en un año el sol
en los brazos de su oriente,
porque ni mi amor estorbe,
ni mi silencio despierte.
¡Dulce esposa! ¿Que en tus brazos
antes de un hora he de verme?

Vase CASIMIRO

CHINCHILLA: ¡Ah, señor! ¡Señor! Zampóse.
Si la Condesa le quiere,
y entra a gozarla, no dudo
que don Rodrigo ha de hacerme,
en casándose con ella,
Archibodeguero siempre,
y de Lucrecia, Tarquino.

Sale don RODRIGO sin ver a CHINCHILLA

RODRIGO: Si era para mí el billete
y necio al conde le di,
goce su amor en papeles,
y yo por obra advertido,
mi cortedad necia enmiende.
Dos horas antes del plazo
vengo; y si Diana duerme,
que con amor no es posible,
mis suspiros la despierten.

Vos, jardín, habéis de ser
tálamo amoroso y verde
de mis dichas. Subir quiero.

CHINCHILLA: (Hacia mí un gigante viene.

Aparte

¡Válgame Dios! ¡Que haya santos
abogados de los gentes,
de las tripas, de la ijada,
de las bubas y la peste,
y no haya santo abogado
del miedo que un hombre tiene!

Pero no hay santo cobarde;
que quien se salva es valiente.

RODRIGO: ¡Hola! ¿Quién va?)

CHINCHILLA: (Ya me ha visto.)

Aparte

RODRIGO: ¿Quién sois? ¡Hola!

CHINCHILLA: (Quien quisiere,

Aparte

porque a los hombres de paja
cualquier nombre les conviene.)

RODRIGO: ¿Sois señor, o sois criado?

CHINCHILLA: Criado he sido tres veces:
una de Dios, de mi madre
otra, que me dio su leche,
y otra, que nunca lo fuera,
de un amo que aquí me tiene
mientras se calienta él,
como cantimplora en nieve.

RODRIGO: ¿Es Chinchilla?

CHINCHILLA: ¿Es don Rodrigo?

RODRIGO: ¡Borracho!

CHINCHILLA: ¿Tan presto vuelves?
Cortos fueron los oficios.

Amante eres diligente
pero pues tan presto sales,
algo ha habido. ¡Qué hay? ¿Qué tienes?
¿Hante sentido en palacio,
o la viuda no te quiere?

RODRIGO: ¿Estás horraeho? ¿Qué dices?
Que tantas cosas revuelves
unas con otras?

CHINCHILLA: ¿Qué digo?
¡Bueno será que lo niegues!

¿No acabas de entrar ahora,
por entre aquellos laureles,
al jardín de la condesa?

RODRIGO: ¿Yo?

CHINCHILLA: No, sino el mequetrefe.

¿Pídote yo la alcabala?

¿Vengo por los alquileres,
que me niegas lo que he visto
por estos ojos o ojetes?

RODRIGO: ¿Hombre hay dentro del jardín?

CHINCHILLA: Hombre y tan hombre, que
viene

a mostrar que es para hombre.

RODRIGO: ¡Ah, cielos! El conde es éste.

¿Tu le viste entrar?

CHINCHILLA: Yo mismo,

no ha un cuarto de hora, y dejéle
porque pensé que eras tú.

RODRIGO: ¡Oh celos! ¡Oh amor alevé!

Yo tengo la culpa, yo,
y pues la tengo, no quede

vida en mí. ¡Tan desdichada,
más vale darme la muerte!

CHINCHILLA: ¿Tenemos ya carambola?

RODRIGO: Que yo al conde el papel diese
que era para mí! ¡Mal haya
quien ama, y la ocasión pierde!

A gritos

¡Ah del parque! ¡Ah de palacio!
¡Ah del jardín! ¡Hola! ¡Gente,
jardineros...!

CHINCHILLA: No des voces.

RODRIGO: ¡Pues qué! ¿Quieres que revien-
te?

Déjame, pues por mi causa
perdí la ocasión alegre
de mis dichas, que dé alivio
a mis ansias de esta suerte.
Árboles, ¿no veis vosotros
por los ojos de hojas verdes

que mi amor se llama a engano?

Si el conde entró, detenedle.

Flores, volveos espinas;

así nunca el mayo fértil

de los brazos de Amaltea

vuestros valles frescos deje.

Creced, arroyuelos claros,

haced mares vuestras fuentes,

para que el conde no pase,

y si pasare, se anegue.

Pero todos diréis y justamente,

que muera el que una vez la ocasión pierde.

Yo la perdí, yo el ignorante he sido.

Sólo puedo quejarme de mí mismo.

CHINCHILLA: Aquí nos han de matar,

si das voces, imprudente.

Las puertas abren del parque;

por ellas sale gran gente.

Casimiro y la condesa,

enlazando manos, vienen

oyendo de sus vasallos

venturosos parabienes.

RODRIGO: Para mí son paramales.
¡Ay celos! ¡Ay rabia! ¡Ay muerte!
Y--¡ay de mí!--que ya no hay
industria que me remedie.

*Salen LIBERIO, PINABEL, CLAVELA, LURE-
CIA, CASIMIRO y
la CONDESA, de las manos, y ACOMPAÑA-
MIENTO*

CONDESA: Lo que os escribió mi amor,
en fe del mucho que os tiene,
conde y señor, vuestra esposa,
fue acelerado accidente;
que sin consultar al alma
los deseos, impacientes
de esperar términos largos,
juzgan siglos horas breves;
mas no es razón que en secreto
vuestra firmeza se premie,
cuando en público desea

esta ciudad que celebre
el amor entre los dos,
los deseos excelentes
de Casimiro y Diana,
que el alma y mano os ofrece.
Por eso desde el jardín,
donde Amor, que nunca duerme,
cogiéndoos en él, ha sido
hoy cazador diligente,
os traslado a mi palacio,
para que como merece
vuestra constancia, Himeneo
coyundas de amor nos eche.

CASIMIRO: Venturosas dilaciones,
que, en fin, dulce esposa, tienen
tan apacible remate!

¡Y yo dichoso mil veces,
que esta mano he merecido!

CONDESA: (Pues el cielo así lo quiere,
Aparte
loco Amor, salid del alma.)

Aparte a don RODRIGO

¡Otón! ¿Aquí estáis? Quien tiene
entendimiento tan corto,
que para corto se quede.

RODRIGO: Siempre hablastes por enigmas.

CONDESA: Siempre el cuerdo las entiende.

¡El papel distes al Conde!

¡Agudeza fue prudente!

RODRIGO: Pensé que era para él.

CONDESA: Hombre érades de penséque.

A CASIMIRO

Vamos, venid, conde mío.

*Don RODRIGO habla aparte con la
CONDESA*

RODRIGO: ¿Aqueste pago merece mi amor?

CONDESA: Así se castigau necedades de un penséque.

Habla CHINCHILLA aparte con su amo

CHINCHILLA: ¿"Penséque" ibas a decir ahora?

RODRIGO: Déjame. ¿Quieres que me mate?

CHINCHILLA: ¿Tú no sabes la descendencia y parientes del penséque, que en el mundo tantos mentecatos tiene, dando piensos de cebada que es bien que a penséques piensen?

CONDESA: Ya, conde y señor, que sois mi esposo, y el duque viene a celebrar nuestras bodas, quiero, primero que llegue,

hacer con vuestra licencia,
otras segundas que alegren
las vuestras.

CASIMIRO: Vuestra hermosura
lo que más gustare ordene.

CONDESA: Clavela se ha de casar
con quien sé yo que la quiere
desde que a esta tierra vino.

PINABEL: Yo, gran señora, soy ése.

Por don RODRIGO

CONDESA: No es sino este caballero.
Los dos desposarse pueden.

LIBERIO: ¿Con mi hijo?

CLAVELA: ¿Con mí hermano?
(¡Ojalá nunca lo fuese!) Aparte

CONDESA: No es Otón, como pensáis
todos, el que veis presente.

CLAVELA: ¿Pues, quién?

CONDESA: Rodrigo Girón;

que el verdadero Otón viene
en servicio de mi hermano,
y es quien por él intercede.

LIBERIO: Clavela, si esto es así,
por vuestro esposo se quede;
que de hijo ayerno va poco.

CLAVELA: La mano le doy mil veces.

RODRIGO: Yo a vos con ella mi vida,
pues por vos a cobrar vuelve
el sosiego que perdió.

PINABEL: Pues ¿este pago merecen
mis servicios, gran señora?

CONDESA: Para que en parte se premien,
mi prima Laura será
vuestra esposa.

PINABEL: Ya no puede
osar quejarse mi agravio
pues me hacéis vuestro pariente.

RODRIGO: Yo he de partirme a Castilla
con mi esposa...

CONDESA: Sois prudente.

RODRIGO: ...por no tener a mis ojos

el castigo del penséque.

CONDESA: Diez mil ducados os doy.

CHINCHILLA: ¿Y a mí?

CONDESA: Dos mil.

CHINCHILLA: Dios te deje

llegar a ver choznos viejos.

Señora Lucrecia, llegue,

y déme esa mano.

CASIMIRO: Vamos,

primero que en Momblán entre

hoy el duque, a recibirle.

RODRIGO: El cuerdo amante escarmiente

en mí, y goce la ocasión;

porque al que cual yo la pierde,

le cabrá parte conmigo

del castigo del penséque.